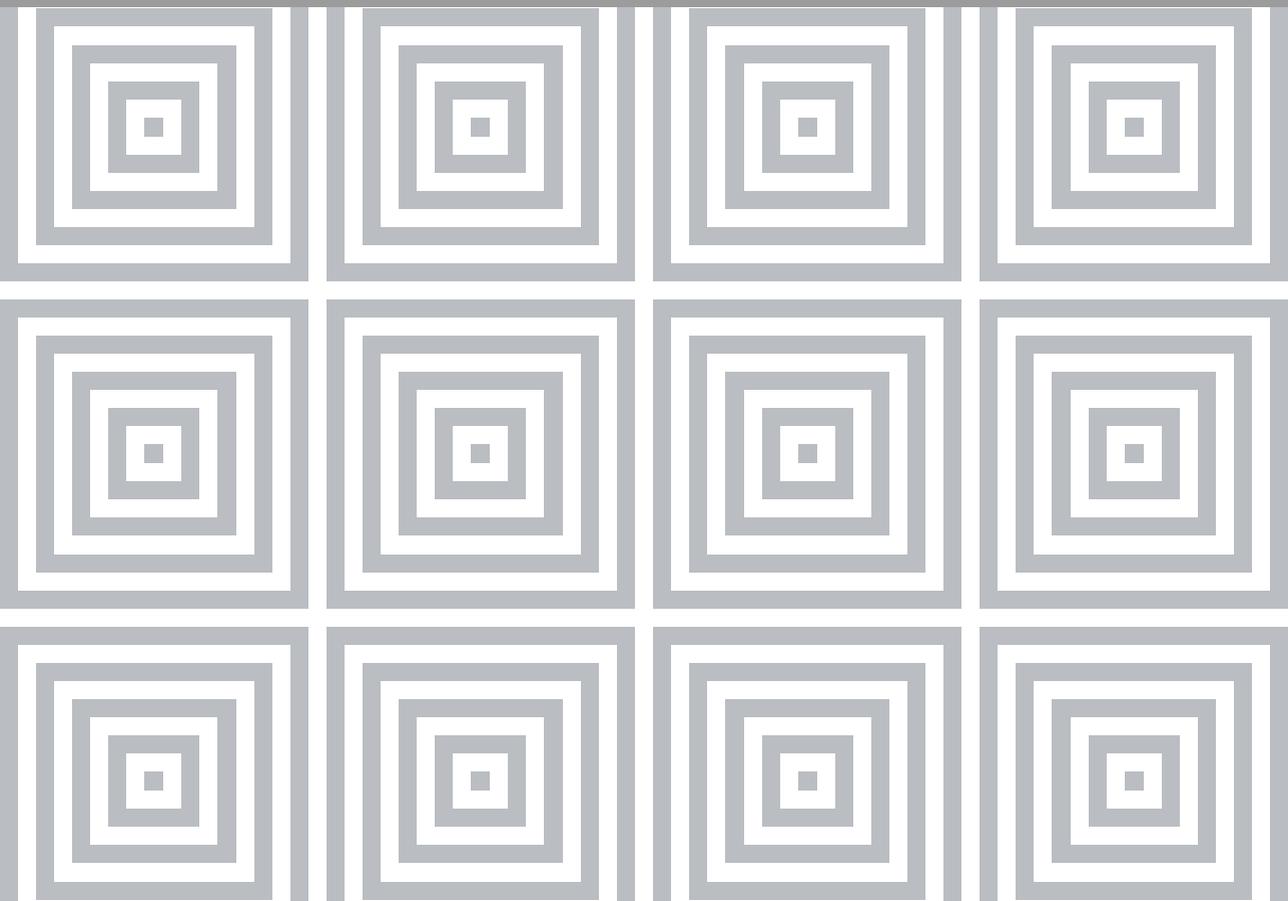


VIII | La pareja



En una familia con estas características, con estos actores, con esta trama de relaciones internas, con la constitución estructural de la mujer en madre y del hombre en hijo, no hay espacio real para la pareja, entendida ésta como la unión estable, duradera, íntima y profunda entre un hombre y una mujer que comparten así un proyecto de vida en común, concepto que ampliaremos más adelante.

Queda espacio sólo para el apareamiento entendido como la unión del hombre y la mujer, no para un proyecto de vida sino para conseguir unos logros temporales y limitados: satisfacciones sexuales y afectivas transitorias, procreación, puesta en marcha de la familia de la mujer-madre, soluciones económicas de provisión de recursos, etc.

El vínculo hijo-varón-madre es determinante y excluyente; lo mismo el de la hija desde su origen intencionada a la madredad con su propio hijo. Por ambos extremos está cerrado el horizonte para la pareja. Ni el hombre-hijo, ni la mujer-madre tienen aperturas para una nueva vinculación, la de pareja. El apareamiento está garantizado por intrínseca intencionalidad de la mujer a realizarse como madre y por análoga intencionalidad en el hombre a realizarse como «macho». Una y otro exigen la transitoriedad de cualquier unión.

Si para la mujer el hombre es fundamentalmente procreador, y luego proveedor, no pasa de ser un medio-instrumento necesario para la formación de su familia y conveniente, pero no indispensable, para su mantenimiento. Si esta segunda función no la cumple y la primera ya la ha cumplido, de él puede prescindir. La atracción sexual puede ser suficiente en unos casos para el apareamiento, en otros puede haber también la exigencia de afecto y capacidad de entendimiento. En los primeros la unión será más fugaz que en los segundos, pero la relación estable y definitiva es: para la mujer, los hijos; para el hombre, la propia madre.

De esta manera, contradiciendo la opinión común, es la mujer la que expulsa al hombre del hogar cuando ya no es necesario para lo fundamental y no cumple con lo accesorio.

Para el hombre, por otra parte, la mujer que tiene un hijo de él, lo confirma e identifica como varón, una identificación que siempre hay que estar afirmando y conquistando, pero una batalla victoriosa no es ganar la guerra. Se requieren muchas batallas ganadas, sobre todo cuando la guerra se vuelve interminable.

Se trata de una guerra muy peculiar pues en ella no hay vencidos. Ambos ganan. La mujer obtiene su madredad y su familia, el hombre su virilidad. La mujer, además, suele ganar un hogar: una casa o rancho y unos enseres. El hombre se lo hace o se lo compra. No hace la casa para la pareja ni para la familia, propiamente, sino para ella en cuanto madre. Es claro que en la madre está incluida la familia. Le hace su casa, le compra su cocina, su nevera... Por eso, cuando sale del hogar,

se lleva apenas su ropa si no se la encuentra ya en la puerta cuando regresa un día cualquiera.

Esta estructura familiar supone, pues, produce y al mismo tiempo exige un tipo de mujer y un tipo de hombre, pero, además, un «homo», esto es, una manera de ser humano.

La mujer venezolana, se entiende que popular, tiene tras de sí una historia, que probablemente se remonta hasta la Conquista, que ha hecho de ella una mujer-sin-hombre. Sus necesidades básicas, que en el modelo occidental han de ser satisfechas mediante la convivencia con un hombre, no pueden tener satisfacción por esa vía. Hay una frustración en su horizonte diseñada por la historia y, en consecuencia, por la cultura.

¿Qué única vía posible de superar la frustración se le abre? El hijo. Sólo en él hallarán cumplimiento las necesidades de seguridad, de afecto sólido y prolongado, para toda la vida, económicas, de protección, de reconocimiento y aceptación, de dignidad y consideración, de comunicación e intercambio humano, de acogida social.

La mujer y su hijo se integran en una unidad de destino y, por lo mismo, de sentido. La mujer realiza su sentido, se realiza y se sentidiza, en la relación mujer-hijo, en lo que me permito llamar la madredad que define a la mujer. La relación vinculante con el hijo es ese vínculo inevitable, impuesto por la misma existencia de ambos, único capaz de sustituir a ese otro que de por sí es evitable, y además imposible, con un hombre, extraño e igual, vínculo no impuesto sino dependiente de una decisión mutua que en los hechos no se puede dar. Por eso la madredad es el vivir de la mujer, su sentido radical y total, su esencia existente, dicho en términos abstractos, que de todos modos poco sirven para nombrarlo que sólo se puede vivir. Mujer se vive como vivir-madre. En nuestra cultura no acontece la mujer, acontece la madre. Dicho en términos de ser, para usar el lenguaje occidental: no hay mujer; hay sólo madre. La feminidad, pertenecer al sexo femenino, existe, sucede, como vivirse-cuerpo-materno. Estoy hablando de la entraña del vivir, no de las conductas particulares que pueden encubrir esa entraña y confundir al que sólo observa la positividad manifiesta a la visión inmediata.

El vínculo con el hijo—varón o hembra, pero sobre todo el varón— adquiere así, por la fuerza de la vida, sutiles rasgos incestuosos, en lo psicológico-vivencial, no en lo genital-sexual, que puede darse sólo como excepción patológica. Por incestuoso puede este vínculo ocupar el espacio de la relación mujer-hombre estable y profunda. A preservarlo, reforzarlo, mantenerlo, a prolongarlo incambiado en el tiempo, para toda la vida, encamina su función materna la mujer, de mil maneras, sutiles unas, más explícitas otras. La madre forma al hijo para que sea siempre su-hijo.

El hijo se constituirá, en este vínculo matricentrado, de una manera si es varón, de otra si es hembra. La madre misma produce las diferencias.

La hija está destinada por la cultura a la madredad. El vínculo con la propia madre se estructura de una vez abierto a ese horizonte, horizonte en el que no está comprometida la permanencia del vínculo original, pues la nueva familia madre-hijo, se inscribe en la anterior por la relación abuela-nieto, que es prolongación de la misma madredad de la abuela. Así se reproduce el sentido y la cultura. La mujer tiene que cumplir un destino fijado por la trama del sentido cultural. Su vida entera no será sino el desarrollo sistemático, por secuencias y escenas, del guion de una película cuyo director es la misma estructura sociocultural.

El hombre, el varón, está destinado-a-la-madre. Esta afirmación ha de ser tomada en sentido totalmente fuerte. La madre necesita al hijo como única posibilidad de realización en su humanidad. Está indisolublemente vinculada a él y, en consecuencia, lo vincula indisolublemente a sí. Este es un vínculo rígido que no adquiere elasticidad ni siquiera en la adolescencia. Los psicólogos deberían revisar, para nuestra realidad, sus estudios sobre la adolescencia. Vínculo matricéntrico que no parece ni se transforma. Adquirirá una cierta elasticidad y diversificación en sus zonas periféricas, en la cubierta exterior, pero su corazón, los hilos metálicos del cable, permanece sin cambios sustanciales. Cuando se haga adulto, el sujeto seguirá siendo hijo, inserto en una filialidad, o hijidad, cualitativamente idéntica, en lo sustancial, a su filiación infantil.

Esta hijidad sin cambios define la identidad del varón. No acaece el hombre, acaece el hijo. No hay hombres; hay sólo hijos.

El vínculo materno reina cualitativamente solitario en la vida del varón, soledad erigida sobre un amplio vacío, sostenida en múltiples ausencias, árbol único en el desierto de las vinculaciones permanentes imposibles. Ésta es la experiencia vinculante que la socialización primaria le ha ofrecido, los modelos de relación afectiva e interpersonal vividos y aprendidos.

Las necesidades afectivas del varón están canalizadas hacia una única vía de satisfacción plena e indefectible: la madre. Toda otra satisfacción será, por lo mismo, transitoria y, en el fondo, superficial; en todo caso, prescindible.

Su relación con la mujer —otra que su madre— será inestable y marcada en gran parte por el componente lúdico y genital, único que la madre no satisface. Su necesidad de afecto, en el plano más profundo, está satisfecha, el vínculo en su potencialidad afectiva está soldado a la fuente.

La estructura de la madredad y de la hijidad acaece como relación-en madre viviente y conviviente. La relación constituye el corazón mismo de nuestra cultura, su matriz de sentido, que por lo mismo vive fuera de la modernidad, en cuanto otra a la modernidad, con una otredad que declara su externalidad, su no pertenencia

al universo moderno. No se entienda que somos premodernos, primitivos o subdesarrollados. Entiéndase que somos otros, dis-tintos y no sólo diferentes, otredad y distinción que nos constituyen como cultura y como pueblo.

¿Qué decir entonces sobre la pareja?

Hemos podido elaborar un ya largo discurso sobre la familia popular venezolana sin tratar ni una sola vez el tema de la pareja. ¿Cómo se explica esto? Por una razón muy sencilla: la pareja no existe ni puede existir en la estructura de la familia matricentrada. Nos hemos referido alguna vez a la relación mujer-hombre, excluyendo expresamente hombre-mujer, pero no la hemos podido llamar propiamente pareja, aunque hayamos usado de vez en cuando este término por inevitable.

¿Pero qué vamos a entender por pareja? Aquí nos encontramos con una seria dificultad. Si la familia venezolana está, en su núcleo constitutivo, exhaustivamente descrita atendiendo a la madre y al hijo, no hay en su constitución nada más que analizar y, por lo tanto, nombrar.

En torno a ese núcleo gira un padre, o mejor, varios, el sistema de los hermanos, al que ya nos hemos referido ampliamente, y, más alejado, todo el mundo de la familia extensa. En ninguno de estos círculos concéntricos aparece otra estructura, algo que pueda llamarse pareja de alguna manera posible.

302

El concepto de pareja tendremos, pues, que tomarlo de fuera; no de la familia que vive en el pueblo. No hay más remedio que recurrir a lo que ha elaborado otra cultura y que al pueblo le llega desde fuera como proyecto, ideal e instancia culpabilizante.

La pareja, en términos de mínima exigencia, implica la convivencia de un hombre y una mujer, quienes comparten la vida y la crianza de los hijos comunes. Para que haya pareja esta convivencia ha de vivenciarse como duradera en el tiempo.

Una exigencia mayor implicaría la autopercepción de ambos como orientados a vivir en común, por lo menos en el deseo, hasta la muerte de uno de ellos y a poner en esa forma de vida lo esencial de su realización como seres humanos.

Hay un texto antropológico, muy antiguo, que exige mucho más. Es el texto bíblico del Génesis: «¡Ésta sí es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Por eso un hombre abandona padre y madre, se junta a su mujer y se hacen una sola carne» (Gen. 2, 24). Hacerse una sola carne es la máxima exigencia para que se dé la pareja. La palabra carne, que en la Biblia tiene tan rico significado, en nuestra lengua sesga el sentido hacia un énfasis en lo biológico. Una traducción quizás más cercana al significado intencionado en el texto, podría ser: «se hacen un solo humano». Hacerse un solo humano no puede significar aquí fusionarse en una sola entidad, en una sola sustancia, sino vivirse como relación, primera al ser de ambos. La relación se postula como la estructura de la pareja.

Viniendo a nuestro caso, ninguno de estos conceptos se ha realizado ni tiene condiciones culturales de posibilidad en la familia matricentrada.

La relación madre-hijo es un universo cerrado en el horizonte de la madredad-hijidad sin apertura a otro horizonte, el de esposo y esposa, una estructura autosuficiente incapacitada para desestructurarse y abrirse, así, a otra estructura posible.

Tanto por parte de la mujer-madre como por parte del varón-hijo, el acceso a la pareja está clausurado. De hecho, entre nosotros la pareja no se ha producido como estructura cultural. Ha sido posible sólo para algunas experiencias de sujetos singulares que, por algún motivo, se han liberado de los condicionamientos culturales. Ninguna cultura es determinante para todos los sujetos. Siempre es posible la libertad.

Ha de hablarse, por tanto, más de apareamiento que de pareja. Apareamiento de cuerpos, de intereses, de necesidades, de complementariedades múltiples, que, cuando se han actualizado, pierden funcionalidad, cierran un ciclo y dejan libres a los componentes para iniciar otro. El nuevo ciclo puede incluso iniciarse entre los mismos componentes. Así, muchas relaciones aparentemente estables no son sino ciclos repetidos de apareamiento.

En el ciclo de apareamiento el compañero, para la mujer, no va más allá de ser un medio-instrumento necesario para hacerla madre, instrumento del que se puede prescindir cuando ha cumplido su función. En el extremo, cualquier hombre es bueno para ello ni tiene por qué ser el mismo. Para el hombre, por otra parte, la mujer que le da un hijo lo confirma como varón. Cada hijo para él es una nueva condecoración en la larga guerra por afirmar su pertenencia al sexo masculino. Para eso, en realidad, el hijo no es necesario; basta la mujer poseída. Ninguna guerra se gana con una sola batalla. En tales batallas cada cual obtiene su triunfo: el hombre su sexo, la mujer su madredad.

¿Si esto es así, tiene algún sentido plantearse el problema de la pareja o la pareja como problema venezolano? De hecho, directa o indirectamente este problema se plantea, luego algún sentido debe tener. En caso contrario no se plantearía.

Quienes lo han planteado hasta ahora lo han hecho desde dos distintos puntos de partida, que a veces se unen y complementan.

Los unos parten de la pareja como modelo antropológico de la familia, sin el cual no se da verdadera familia. José Luis Vethencourt, por ejemplo, en el artículo citado y en otras intervenciones, ha calificado a la familia matricentrada como «atípica» e «inestructurada». Evidentemente no se puede hablar de atípico sino en referencia a un tipo que se supone modelo, ni se puede hablar de inestructurado sino en referencia a una estructura que se supone la apropiada. Tipo y estructura son, para el autor, los propios de la familia de pareja que traían los españoles,

pero que no lograron reproducir en nuestro medio porque fracasaron en su intento después de haber destruido las formas familiares indígenas. En esta línea se mueven también los análisis y los llamados de la Iglesia, la cual parte de la pareja como el modelo cristiano de familia. Al no verlo realizado, habla frecuentemente de crisis de la familia.

Los otros parten más bien de los muchos males que descubren en nuestra sociedad, especialmente los que inciden, sobre todo, en la infancia y la juventud. Al buscar la causa de esos males la descubren en la disolución de la pareja, de la que sería consecuencia la ausencia del padre y, por ende, la falta de guía moral y social en los hijos. De nuevo la crisis de la familia, entendida como crisis de la pareja, sería nuestro gran problema.

Sin detenernos mucho en ello, queremos señalar que el modelo familiar aportado por la cultura que nos ha llegado desde fuera y de la que se toma el concepto de pareja está hoy verdaderamente en crisis y, en segundo lugar, que la familia matricentrada la hemos tenido a lo largo de toda nuestra historia y no ha producido los males que hoy se le atribuyen; si estos males son nuevos, deben obedecer a nuevos factores.

Lo importante es que ambos puntos de partida son externos a la familia popular. Enfocan a nuestra familia desde perspectivas que no le pertenecen. En consecuencia sale, de esos análisis, desvalorizada y culpabilizada.

Nuestra familia popular ni es atípica ni es inestructurada. Tiene su propio tipo y una estructura muy sólida y muy coherente.

Ahora bien, ¿es la pareja, para la familia matricentrada, en la que nunca ha existido, un problema con sentido? Cuando decimos para la familia matricentrada queremos decir desde dentro de ella.

Hemos afirmado que esta familia es autosuficiente, dotada de una estructura bien compensada. Sin embargo, ninguna autosuficiencia es absoluta y ninguna estructura está libre de fisuras. ¿Hay en la familia popular alguna fisura que apunte hacia una necesidad de pareja y, por tanto, a algún sentido para plantear la pareja como un problema suyo?

El fracaso de nuestra primera hipótesis sobre la no necesidad de padre señala una fisura que vale la pena considerar. La autosuficiencia de la estructura madre-hijo no llega a cubrir el vacío que produce en el hijo la ausencia del padre. Es cierto que esta ausencia es atenuada por la presencia muy generalizada de padres sustitutos, pero resulta evidente de nuestra experiencia, de múltiples historias-de-vida de hombres y mujeres, tanto jóvenes como ancianos sobre cuyo estudio basamos nuestras investigaciones, que el vacío hecho de dolor, abandono y rabia, producido por el padre ausente, está vivo en el núcleo de la personalidad de los hijos, especialmente de los hijos varones.

Esta fisura relativiza muy seriamente la autosuficiencia de la familia matricentrada. No se puede hablar por ello, en el hijo, de patología o anormalidad. La normalidad, en el grado de relatividad en que ha de tomarse para cualquier persona, está asegurada por la fuerza de la vinculación materna y de todos los miembros de la familia. En cualquier cultura los sujetos presentan insatisfacciones importantes producidas por esa misma cultura. La nuestra es la insatisfacción de la necesidad de padre.

Ahora bien, esta necesidad de padre se expresa como dirigida hacia el padre directamente, pero señala, aunque no se exprese, hacia la pareja. El padre aislado de la madre no está en condiciones reales de llenar ese vacío. La necesidad apunta, pues, más allá del padre, a la unión de ambos padres, esto es, a la pareja.

Según esto, ¿la estructura misma de la familia matricentrada, en sus fisuras, revela la necesidad de la aparición de la pareja como hecho cultural y no sólo como éxito de algunas personas singulares? Pensamos que se puede responder afirmativamente a esta pregunta crucial. En este sentido la pareja sí es un problema interno a la familia popular, que exige ser planteado adecuadamente en procura de una solución.

Hasta ahora se ha planteado desde perspectivas y valores externos al mundo de vida y al sistema de representaciones, vivencias y afectos del pueblo. Las soluciones propuestas, por eso mismo, han fracasado y han dado paso a lamentaciones persistentes e ineficaces.

La familia que tenemos, con sus valores y carencias, ha cumplido adecuadamente, en forma relativa, es cierto, como cualquier otra, su función en la sociedad y en la vida de los venezolanos. No ha sido productora de delincuencia y anormalidad. Los que la culpabilizan desde fuera, nunca han intentado comprenderla. No está en crisis, pero está amenazada. La amenaza se cierne sobre la única gran columna que la sostiene: la madre. La madre está siendo golpeada por la economía, el mundo del trabajo y la ideología dominante. Golpear a la madre es el mayor crimen que se pueda cometer contra la Venezuela futura. Si la madre tambalea, entonces sí tendremos una familia inestructurada e infuncional.

Esta familia ha de ser valorada, defendida y preservada. Pero, además, hay que descubrir en su mismo interior, en los signos que apuntan hacia otro futuro, las potencialidades que ella misma porta en su seno: una de estas potencialidades es la pareja.

Si el vacío de padre es una fisura interna en la estructura del centro-familia que clama por la pareja, hay otro signo, en el entorno de ese centro, que apunta en el mismo sentido.

El hombre venezolano se presenta como muy satisfecho y orgulloso en el goce y por el goce de su praxis machista. Al parecer, el disfrute de esa masculini-

dad lo identifica y llena su vida. Podría aducir numerosos testimonios que señalan, con clara evidencia, que semejante satisfacción es un efecto de superficie. En las capas más profundas de su personalidad hay una vivencia, que tarda en acceder a la representación consciente, de insatisfacción y frustración. En algún momento le llega también a él el enamoramiento verdadero que, aparte de todo otro componente, es deseo de vínculo profundo y estable. Este deseo no puede ser interpretado sino como deseo y necesidad de pareja. El intento, culturalmente, está destinado al fracaso, pues su hijidad estructural y su identificación sexual machista se oponen. Se produce entonces un desgarramiento interior, pues sus mismos mecanismos cultural-personales se convierten en saboteadores de la realización del deseo. Por otra parte, la mujer objeto de su amor tampoco está en condiciones cultural-personales de satisfacerlo. El fracaso le induce a la renuncia, pero la vivencia de falta, de carencia, seguirá latiendo en su interior. Esto también le sucede a la mujer, pero la fuerza de su madredad y de su vínculo con los hijos no permite que el desgarramiento penetre en profundidad.

Para el hombre esta situación adquiere ribetes trágicos cuando se presenta la inevitable ancianidad. En Venezuela puede decirse que hay muy pocas madres abandonadas; los ancianos, en cambio, padres de numerosos hijos dispersos, solitarios o recogidos y apenas tolerados y asistidos por la piedad filial de alguna hija, más que de algún hijo, son el caso más frecuente.

Por circunstancias azarosas la pareja puede resultar, pero esto no es una solución cultural sino el éxito particular de algunos sujetos.

Por esta vía también encontramos en el seno de la familia popular, en este caso en su periferia, una exigencia de que aparezca la pareja.

Ahora bien, ¿hacia qué tipo de pareja apuntan estos signos? ¿A la de mínima, a la de media o a la de máxima exigencia?

La pareja de la cultura occidental que se nos ha presentado como el modelo deseable de familia ha estado histórica y culturalmente centrada en su componente masculino, ha constituido una familia patricentrada. Ha habido épocas de la historia en las que el dominio del padre sobre la mujer y los hijos ha sido despótico e incluso cruel, hasta con derecho de vida y muerte sobre ellos. El poder absoluto del padre evolucionó, con el tiempo, hacia un cierto compartir ese mismo poder con la madre, pero siempre en una relación asimétrica en la que la figura paterna seguía siendo el centro. En nuestros días, con el desarrollo del individuo, impulsado por la burguesía, madre de la Modernidad, que ha generado los movimientos reivindicativos de la mujer, se encamina a convertirse en la coincidencia de dos centros de poder idealmente igualados, dos individuos autónomos que concuerdan en intereses, gustos, valores, atracciones. La autonomía de los individuos quiebra el horizonte de permanencia en el que la antigua dependencia

tenía un sentido. Culturalmente, esta pareja nunca llegó al grado de máxima exigencia que postula la relación como superación de ambas individualidades y como constitutiva de la pareja y de sus miembros, sea porque, en la Edad Media, tiempo cultural cuya matriz de sentido fue la relación, pero una relación estructuralmente jerárquica y, por tanto, desbalanceada hacia un único centro de poder, sea porque, con el advenimiento de la Modernidad, la relación jerárquica dio paso al individuo como fuente práxica y epistémica del sentido. La pareja de máxima exigencia se dio siempre, pero sólo como resultado personal sostenido en la fe religiosa o en disposiciones de los sujetos.

La estructura, en cambio, relacional-convivencial del hombre venezolano muestra claramente que nuestra cultura está abierta a la posibilidad de que, si aparece la pareja, ésta pueda sin contradicciones con ella, llegar al grado de máxima exigencia.

Ahora bien, los datos me dicen que la familia matricentrada, dejada a sí misma, no está en condiciones de producir por sí sola la pareja. Necesita la acción externa. Esta acción no ha de provenir desde otra cultura, pues la desnaturalizaría, sino de otros elementos de su misma cultura. Pienso en la fe religiosa realmente inculturada como el factor más eficaz; pero no hay que pensar que haya de ser el único. Son pensables otros también.

¿Por qué pensar en la pareja de máxima exigencia? ¿Porque está en la Biblia, por motivos religiosos? No necesaria ni exclusivamente.

La experiencia de aquéllos que han logrado realizar esa pareja y de aquéllos que, como hijos, en ella se han desarrollado, nos dice que, de todas las formas de familia, es la más efectiva, tanto para la plenitud de vida y satisfacción profunda de sus componentes —hombre y mujer—, como para los hijos, tanto en su formación como personas cuanto en su preparación para desenvolverse social y éticamente en la vida.

El texto bíblico que presenta a la pareja como una realización y un proyecto del Creador para la vida de los hombres, y que fuera de su sentido religioso revela, además, una profunda sabiduría sobre el ser mismo del hombre, ¿puede tomarse como un texto antropológico?

Son muchos los signos que apuntan en ese sentido. Es todo lo que, prudentemente, se puede decir.

¿No hay, pues, posibilidad ninguna para la pareja en el mundo-de-vida popular? Mientras lo constitutivo, esto es, la familia matricentrada, la madredad y la hijidad, conserve su compactación, no se ven posibilidades. En el Centro de Investigaciones Populares, sin embargo, hemos hallado que pueden darse fisuras. No quiebres ni rupturas totales; también fallas, pero a ellas nos referiremos más adelante. Las fisuras pueden, es claro, convertirse en rupturas. Por esas fisuras

se abren las posibilidades. Mientras la madredad sea omniabarcante y compacta, no hay posibilidades, pero si la madredad se fisura, sea en la madre, sea en el hijo en cuanto madredad-hijidad, el horizonte del hijo no está cerrado en la hijidad ni el de la hija en la hijidad-madredad y, por ende, se abre la posibilidad a la constitución de una persona no necesariamente hija o no necesariamente madre.

No hemos detectado, por lo menos no lo podemos afirmar, fisuras originadas en la propia familia ni en la madredad de la mujer, pero sí en la hijidad del varón. Si se produce esa fisura en el hijo, desde ella puede también fisurarse la familia y la madredad de la mujer.

La fisura de la madredad en la hijidad del hijo abre la posibilidad a otra cosa, pero no orienta necesariamente a la pareja. Puede orientar a la constitución del individuo moderno, a la delincuencia y también a la pareja pero no en un sentido único.

Las fisuras orientadas a la pareja pueden provenir tanto desde fuera como desde dentro de la vivencia del sujeto, hijo o hija, esto es, cuando son jóvenes. Se debilita la compactación en uno y otra, externamente, por el contacto con modelos y experiencias distintas. En esto es importante la intervención de la Iglesia a través de los grupos juveniles en los barrios, de la relación con una paternidad o maternidad distinta, la del cura o de los agentes de pastoral, pero puede serlo también la de la escuela si se dan en ella modelos que permiten vivencias de relación de otro tipo, así como la acción de padres y madres sustitutos que no reproducen en su totalidad el modelo matricentrado.

Esta acción externa no es eficaz si no se da un proceso interno en la misma persona, el cual, por otra parte, puede darse sin ninguna incidencia exterior. A partir de la misma practicación de la vida en el joven, se le desvela el vacío de padre y de pareja instalado en la cultura. Desde él, algunos —siempre será, hasta ahora, una solución personal— ponen en jaque, debilitan, su forma de vivirse hijo, matricentrada, y puede aparecer la forma de vivirse pareja. Una nueva dificultad se presenta cuando intenta formar esa pareja con una mujer en la que no se ha producido esa fisura. Dígase lo mismo desde la mujer.

De todos modos, puede decirse que en el interior mismo de la cultura, a partir de las carencias que se viven, existen posibilidades de mecanismos orientados a su modificación. La acción externa, será ineficaz, y aun dañina, si no se inscribe en el interior de una convivencia de comunicación directa y no interventora.

De hecho, así como se ve que está apareciendo un germen de padre en el pueblo, también aparecen, más numerosas que hace un tiempo, uniones de jóvenes bastante estables, algunas de las cuales reúnen las condiciones mínimas para ser consideradas parejas en todo el sentido.

Ahora bien, apareamientos estables, que también pueden ser parejas, han existido siempre en el mundo-de-vida popular, una vez que tanto el hombre como

la mujer han superado los cuarenta años de edad, cuando ya la mujer no va a tener hijos y el hombre acepta que ella mantenga a su familia con los que ya tiene y una relación más personal con él, esto es, cuando el vínculo con el hombre no pone ya en peligro la exclusividad de los vínculos de la mujer con sus hijos.

Otra ocasión es cuando se plantea la fisura de la madredad como posibilidad de apertura hacia la pareja. Cada vez que se dé la presencia de una fisura en la madredad pareciera como si se abriera una condición de posibilidad para la pareja. Ello implica que si el varón es hijo, aunque ella no sea madre, que sea mujer, no hay posibilidad. Si ella es madre y el varón es hombre, tampoco existe la posibilidad. O sea, son esas condiciones, aparte de toda la trama, que hacen que alguien sea madre y el otro hijo y no den cabida para otra cosa. No dan salida ni a la mujer ni al hombre. Toda la trama matricentrada está hecha así. Lo que está en el fondo, en el núcleo energético de toda salida, es la madredad. Hombre y mujer viven su ser en toda su madredad, aunque inmediatamente lo que aparezca sea que se trata de hombres y mujeres y no de hijos y madres. Cuando se analiza el todo y se ve a través de lo que surge como fenómeno, se descubre que está preñado de una realidad que no aparece; se ve que está generado y producido por la madredad. Así se comprende hermenéuticamente lo patente, esto es, el fenómeno.

Entonces, e insistiendo, ¿cuál es esa imposibilidad de hacer pareja? Si éste es un hombre y ésta una mujer, ¿por qué no puede haber pareja si la pareja surge de un hombre y una mujer? Ése es el presupuesto, pero resulta que en Venezuela no hay hombre sino hijo y no hay mujer sino madre, aunque aparentemente haya hombre y haya mujer. Creemos que ahí es donde hay que ubicar el problema. Ahora bien, ¿es necesario que la madredad se fisure para que aparezca la pareja? Parece que cuando las madres pierden su hegemonía aparece una fisura. Entonces se vislumbraba alguna posibilidad de pareja. Mientras la madredad sea omniabarcante, compacta, no hay otra posibilidad sino hijo, hijo-hija, hija-madre, hija en el horizonte abierto hacia la madredad e hijo con el horizonte cerrado en la hijidad. Mientras la madredad sea omniabarcante y compacta. Ahora, si la madredad se fisura, quiere decir que el horizonte del hijo no está cerrado en la hijidad y el de la hija no está cerrado en la hijidad-madredad. Por lo tanto, hay una posibilidad de apertura a la constitución de una persona no necesariamente hija y no necesariamente madre.

La fisura da la posibilidad, pero la posibilidad es abierta. Puede por ahí surgir la pareja como puede no surgir. Puede surgir el individuo, puede surgir el delincuente. Yo estoy hablando de posibilidad; no de orientación hacia. Nos podemos preguntar qué tipo de fisura hace falta para que la posibilidad se abra a la pareja y no hacia otros horizontes.

Hay que distinguir lo que en otro contexto hemos llamado fallas de la madre y las fisuras de la madredad. Ésta es una estructura compacta. Esa estructura

compacta puede fallar pero seguir siendo compacta. Es posible que la madredad siga siendo compacta pero falle por la percepción del hijo, por la incapacidad de abarcar más allá de donde llega, pero que no esté fisurada.

La experiencia de la vida cotidiana en el mundo-de-vida popular, lo que hemos llamado el vivimiento, nos muestra que cuando se producen parejas jóvenes que pueden acabar o no en matrimonio, pero que logran una notable o definitiva continuidad, no es por las fisuras de la madredad sino por las fisuras de la hijidad producidas por la reflexión, por el trabajo de modelaje de una nueva paternidad, por procesos educativos, por la adquisición de una conciencia religiosa más profunda que la que se da en la gente común y otros. En estos casos, el hijo varón deja de ser absolutamente hijo; su hijidad se fisura. No es que falla. Se rompe la compactación de la hijidad y se rompe por acción externa, parte de la cual es la aceptación de la madre porque, aunque en la relación con el hijo hay una falla, aunque piensa que lo pierde porque está más hacia la mujer, aunque tiene una confusión, tiene más nietos ella. Porque el muchacho requiere más a su hijo y no se lo entrega sin más a la madre, como sucede en los apareamientos inscritos en la cultura común. Ella sabe que una de las oportunidades que su hijo tiene para sacarle el nieto a la nuera, es llevárselo más tiempo con él y donde puede ir es donde la mamá. Es decir, que aunque la abuela pierda hijo, gana más nieto. Ya hemos visto, por la historia de Felicia, que los nietos son los nuevos hijos, gana los nietos de los hijos cuando antes sólo tenía los nietos de las hijas.

310

Si nos vamos a la historia de Felicia, por tanto, ¿qué es lo que dice? Felicia no tiene ningún nieto de los hijos con ella, excepto la hija de Eduard y Eduard tiene pareja bastante estable. Y ella sí tiene acceso a la nieta a través de Eduard. Los hijos de Luis, el otro hijo, no están con ella. Luis rompió la pareja y los hijos se quedaron con la madre. Es cuando el hijo cambia su posición ante la madre, cuando parece abrirse la posibilidad de la pareja.

Que sea la madre la que cambie la calidad de su vinculación con él parece menos fácil. La experiencia no ofrece sino pocos casos incluso en la clase media y en mujeres de alto nivel de instrucción. La recomposición del vínculo viene, pues, sobre todo del hijo. Será motivado por la interacción con influencias externas, como hemos señalado, pero se procesa en el interior de la trama madre-hijo.

La producción de la pareja se puede dar, entonces, dentro de la misma cultura matricentrada, de modo que en el interior mismo del mundo-de-vida popular surge la forma de vida que podemos nombrar como vivir-en-pareja.

La reelaboración de la hijidad del varón parece implicar una intervención sobre la compactación de la madredad, pero una intervención que no viene de fuera sino que viene de dentro de la misma trama relacional propia de la cultura. Si proviniera de fuera tendería a destruir el mismo mundo-de-vida o sería inútil.

Viniendo de dentro, no destruye, acomoda, reestructura, organiza. El cuestionar a la madre, sobre lo que es el trato o la práctica que viene ejerciéndose como norma incuestionada por los siglos de los siglos, produce un movimiento, un sismo en el interior de la madredad, si bien ella no lo va a aceptar, porque jamás te va a dar su brazo a torcer públicamente. En el interior, en cambio, consciente o inconscientemente, hay una modificación, ligera, más profunda, menos profunda, pero la hay.

Podemos decir que la intervención del hijo desde dentro de la estructura de madredad del mundo-de-vida popular no es una intervención para el cambio hacia otro mundo-de-vida, sino para la reconstrucción interna del mundo-de-vida popular. Pasar a otra manera de vida-hijo de modo que la forma de vida-pareja pueda aparecer. O sea: la forma de vida-hijo puede modificarse a otra forma de vida-hijo, y la forma-de-vida-pareja puede aparecer.

A veces el apareamiento sostenido en el tiempo, con apariencia exterior de pareja, se mantiene porque la mujer ha asumido el rol de madre del marido y se ha mantenido en el tiempo esta postura. Se asume al marido como hijo y se asume a la mujer como madre. El hombre se acomoda y la relación se mantiene mejor si éste la asume con humor.

Por parte del hombre la apertura a formar pareja lleva implícita la disposición a ser padre. Cuando la mujer lo percibe, una de las primeras estrategias que utiliza para que el hombre se canse es entregarle el muchacho: «¡Ah! tú quieres ser padre, tómalo, a ver si lo aguantas». Y se lo entrega con todas las consecuencias.

311

La única respuesta que le queda al hombre es la paciencia y el humor. Se lo cala, pero conscientemente. Puede que diga: «Este muchacho sí jode», pero no se lo lleva a su mamá. Se lo cala y a veces da la impresión de que es un reto entre los dos a ver quién aguanta más, quién se lo cala más.

Podemos concebir a la pareja como una huella antropológica que está impresa en el ser humano y es desactivada por la cultura, desactivada por la madredad. Felicia lo dice: «Si ellos hubiesen querido, no hubiéramos cambiado tanto de vida». Está también en nuestro hombre popular y está impresa también en el hijo. Se desactiva con la misma práctica de la madredad, pero está ahí y está la urgencia. Estar urgido a ser padre también está allí. Sólo que los mecanismos comunitarios de la trama no permiten que eso se dé. Pero, justamente, cuando la mujer deja que eso florezca y que se dé la posibilidad, está por el otro lado, por los mismos mecanismos culturales, acomodando el terreno para destrozar la fuerza que ha surgido con el ejercicio de la padredad, si se puede decir padredad. Cuando eso llega a unos límites más o menos inaceptables para ella, entra de nuevo la madredad a ver cuán fuerte es aquello. Es un mecanismo de prueba y de comprobación y de ir viendo cómo aquél está ejerciendo su padredad. Es como decir: es posible, pero te tienes que enfrentar no sólo conmigo sino con toda la cultura.

¿Cómo sobrevive una pareja real si la trama de madredades es demasiado fuerte?

Como unos bichos raros, permítase la expresión, pero respetados. A veces envidiados. En ciertos momentos, muchas veces, como modelo de la comunidad al cual hay que ir a desahogar, al que hay que plantearle las cosas; pero es un auténtico bicho raro...

Y encima de eso es un bicho agresivo. Lo quieras o no, cuando tú estás ejerciendo la paternidad, tú concretamente, por decirte el caso. No puedes ser sino agresivo, es decir, estar ejercitando la paternidad, pero al mismo tiempo defendiendo la paternidad. Y agrediendo a la cultura.

Ahora bien, la pareja no tiene significado en cuanto exigencia externa. No es la reproducción del modelo externo de pareja lo que puede generarse en nuestro pueblo. A partir de la experiencia con los jóvenes del barrio, hay que decir que el modelo de pareja será el que ellos puedan generar por la misma necesidad o por la misma huella en la cultura o transformada por la propia cultura, que da posibilidad a la cultura. De allí va a salir una pareja que no se sabe qué pareja será, pero va a ser de la cultura, va a ser popular, con las características propias del mundo-de-vida popular: centrada en la relación personal y no en cosas comunes, como intereses o gustos; en la convivencia típicamente popular y no en el aislamiento propio de cada miembro en la familia nuclear moderna.

Vendría a ser algo así como la explosión de todas las posibilidades de la realización que la pareja tiene dentro de la constitución del mundo-de-vida popular.

El primer paso que da el varón no es hacia la pareja como tal, no es hacia la consolidación de la pareja, pero hacia allá tiende. El primer paso es hacia ser padre. Ahora, como la madredad es tan fuerte, él sabe que ese ser padre no lo puede hacer separado. Tiende entonces hacia, por lo menos, una cierta estabilidad con la mujer. Por la necesidad que tiene de ser padre y por la violencia que de la cultura se instala en la madre, que no lo va a dejar ser padre sin estar cerca de la mujer, se empieza a querer lo que podríamos vislumbrar como pareja. Estamos apalabrando una experiencia de la relación cotidiana con los jóvenes en el barrio.

De hecho, estamos viendo que empieza a aparecer algo así como padre en los barrios, fenómeno al que ya nos hemos referido. En los mayores no, en los muchachos jóvenes, en los padres jóvenes. Ése es el primer paso que se ve.

Sorprende, así, la cantidad de hombres jóvenes que llevan en brazos al hijo pequeño. Eso no era así en Venezuela hace quince o veinte años. No se veía. Eso es lo que podríamos llamar la explosión de la ternura masculina en público y sin vergüenza. Una auténtica revolución en la cultura.

Viéndolo desde el lado del niño, del hijo del padre, se descubre en los niños, cuando tienen ya ocho años y pueden expresarse, una alegría, un gozo, no sé si feli-

cidad, de poder decir: «mi papá», «es mi papá», «yo estoy con mi papá», «voy a ir con mi papá». «Ése es mi papá», es una frase de un valor enorme para un muchacho.

Hay, sin embargo, un riesgo: que el varón venezolano se juega su posición dentro del mundo-de-vida, es decir, con la forma de vida de los varones. Y ahí se dan dos reacciones: una negativa y una positiva, de parte de los amigos. Al principio se asoma la homosexualidad que se imagina implícita en esa ternura. Esa ternura hacia los hijos es rechazada en un primer momento. No se le dice «marico» al sujeto porque ha demostrado que no lo es, pues ha tenido sus mujeres antes, pero se asoma que el hombre está en peligro. Pero hay una segunda reacción: la constancia del sujeto en el juego de las dos cosas, es decir, su constancia de ser padre y no abandonar su forma de vida entre los hombres, como por ejemplo el llevar al hijo consigo a jugar bolas, al sóftbol, al trabajo cuando éste lo permite. Eso llega a crear envidia y remueve en los demás varones las frustraciones de una infancia no vivida con el propio padre. Unas veces, pues, es de rechazo y otras de aproximación, pero termina en aceptación. Comienza el comentario. De esos comentarios, de esa envidia, es de donde puede surgir algo.

Hay mecanismos internos a la cultura que pueden estar produciendo su propio cambio hacia llenar esos vacíos, esos huecos que la cultura tiene. No desde fuera.

Por eso hay que decir que cualquier posibilidad para el surgimiento de la pareja hay que encontrarla dentro de la estructura general del mundo-de-vida. Y esa verdad se demuestra con los datos, con los hechos, con la vida de la gente.

Si retomamos la idea de la huella, veremos que esa huella no está en la estructura del mundo-de-vida; está en el trasfondo de la estructura. Si nosotros tomamos estructura en el sentido moderno del término, la estructura está completa y armónicamente organizada. Estaríamos hablando, entonces, de otro tipo de teoría de la estructura. El mundo moderno no entiende de estructura con trasfondo. La estructura lo dice todo.

En la estructura de la que hablamos encontramos vacíos, pero en el trasfondo de ese vacío hay una huella desactivada que no es un elemento de la estructura, sino que es una posibilidad imposibilitada para reestructurar la estructura. Esto hace pensar en la pareja como una huella antropológica, esto es, proveniente del hecho de ser hombre, de lo que de algún modo conceptualizaríamos como naturaleza humana, previa por tanto a la cultura. No es necesario, sin embargo, caer en una concepción de la naturaleza humana fija, hoy muy puesta en cuestión.

Es bueno precisar esto. Puede ser que se pueda hablar de que esté inscrita en la «naturaleza» humana una huella de pareja o de padre o de ambas cosas, pero ese no es nuestro planteamiento. La lógica que hasta aquí nosotros hemos seguido lo excluye. Es en el discurrir de la vida misma, en el vivir, en ese piso

sobre el que se sustenta la cultura, en la práctica cotidiana de la vida como fundamento del mundo-de-vida, donde se genera la huella a partir de la carencia. El vivimiento desvela el vacío, un vacío-de. El *de* es un de-algo-preciso. Es vacío-de-padre, vacío-de-pareja. Ese vacío-de es, en positivo, huella-de, apertura a la producción-de, a la producción-de-padre, producción-de-pareja.

Nosotros estamos planteando que de una imposibilidad, que es la pareja, puede surgir algo como pareja. En la misma imposibilidad está la huella de la posibilidad, pero la huella es latente siempre.

Pero, ¿qué la activa? La misma vida. Y en ella, una decisión personal. Porque si nos ponemos a analizar los casos aislados, vemos que ha sido una decisión de uno de los elementos de la cadena y el otro lo ha asumido. Y para ello no es necesario pensar en la conciencia, en que sea una decisión consciente, sino en una opción que se manifiesta, y la opción está en el hecho de ponerte a practicar otra forma de vida, esto es, en la práctica y no en la conciencia.

Como se ha dicho, el primer paso que encontramos para poder llegar a la pareja no es la búsqueda de pareja; el primer paso que se da es el paso de llegar al hijo, es decir, de ser padre. Dentro del mundo-de-vida popular, no es que sea una deficiencia, es una condición de vida. El ser hijo y que la mujer no lo deje ser padre es estructural al mundo-de-vida.

314

¿Habrá, después de tanta consideración, que considerar a la pareja como bien deseable? En realidad sólo puede pensarse, en lo concreto de nuestro trabajo, que la pareja es buena en cuanto llenado de un vacío que aparece en el mundo-de-vida popular y sobre el que surge como huella. No en abstracto ni en universal. La antropología filosófica occidental puede, quizás, decir que la pareja es un universal válido para toda la humanidad, e incluso la religión, pero nosotros no estamos interpretando el mundo-de-vida popular venezolano en ese horizonte. De todos modos, cualquier reflexión filosófico-antropológica y cualquier proyecto religioso, también el cristiano, tienen necesariamente que partir del mundo-de-vida real-concreto y reflexionar y proyectar desde él asumiéndolo, en principio, sin juicios previos. En este contexto, el hombre se asume como padre, pero dentro de la corriente de la madredad, es decir, hay una fuerza, hay una práctica de madredad donde el hombre se mete y entonces es aceptado cual si fuera hijo, en la pareja, pero nunca va a ser hijo.

Por otra parte, cuando se habla de fisura, elasticidad, etc., como necesarias para el surgir de la pareja, no se entienden como fenómenos negativos en relación con la estructura en cuanto no la contradicen, la niegan o la destruyen, sino que simplemente la modifican. No se entienda la estructura como fija, sino en sentido dinámico.

Habría, por tanto, dos consideraciones que sería necesario tener en cuenta todavía: una cosa es cómo se activa el mecanismo de la pareja y ya hemos dicho

que es por la elasticidad de la madre o la fisura de la madredad o por la fisura de la higidad, y otra cosa es de dónde surge esa necesidad para la fisura. Hemos llegado plenamente a decir que no es por injerencia de otro mundo-de-vida externo al propio.

Ahora tenemos que abordar otro problema u otra cualidad del problema, que es precisamente el papel de la sexualidad en la pareja, en la conformación de la pareja, hasta ahora no tratado. ¿Qué papel tiene? ¿En realidad el sexo conforma la pareja? ¿El sexo es anterior a, el sexo es distinto de? No estamos hablando de la pareja en términos de generalidad, sino de la pareja en el mundo-de-vida popular.

Ante todo hay que decir que no suele aparecer en las historias-de-vida de las mujeres y poco en las de los hombres normales. Lo hemos encontrado, hasta con exceso, en las historias-de-vida de los delincuentes violentos. No aparece ni en la historia-de-vida de Felicia, a quien hubo que planteárselo fuera de la narración de la historia, en la entrevista de cierre. Por lo general, las mujeres tienen cierto tabú en hablar de sexualidad y es como un aprendizaje. Nuestras investigadoras mismas así lo reconocen hasta llegar a afirmar: «Eso lo hemos mamado desde que nacemos: es un tabú, eso no se toca».

Una de ellas confiesa:

A mí siempre me ha sorprendido, porque me parece una cosa más cultural que fisiológica, que orgánica, el que la mujer continuamente le diga a uno, y se lo dice de frente, o se lo diga a un hombre en general: ustedes los hombres no pueden vivir sin sexo, nosotras sí. Ustedes los hombres no pueden vivir sin sexo, no pueden aguantarse, nosotras sí podemos aguantarnos, sí podemos sobrevivir; eso me sorprende.

315

«Eso es un mandato también —afirma otro de los investigadores—, tenlo bien en cuenta. De parte de la mujer no es sólo una afirmación, una aseveración, es un mandato. De la madre al hijo es: tú no puedes vivir sin sexo, te lo mando. ¿Para qué? Para que te disperses, no te enamores y no me abandones».

Otra confesión personal de otro investigador del CIP:

... ante la oportunidad que se le ofrece a un hombre, se le plantean muchas cosas, una de las cuales es la conciencia moral. Existe una conciencia moral que en ese momento te dice: sí lo hago, no lo hago, voy pa'lante, voy pa'trás. Sin embargo, ¿cuál es la experiencia mía? La experiencia mía es que al estar en ese momento, la imagen que me viene no es la conciencia moral, no es el valor universal, no es un imperativo ético como diría Kant; lo que te viene es la mamá, y le viene a uno la mamá como imagen, o le viene la mamá como: ¿qué pensaría mi mamá si estuviera aquí o si lo supiera o si algún día llega a enterarse? Y me parece que no es sólo la experiencia mía, por lo menos en las primeras experiencias.

El testimonio de un intelectual, quien ha fisurado su hijidad consciente y decididamente para formar pareja ilustra en parte lo que venimos diciendo:

Mi experiencia es con mi mamá. Con mi fisura de hijidad, que es una fisura bien pensada, hay una violencia hacia ella para que por lo menos respete a su pareja, a mi papá. Es decir que, aunque ya a estas alturas mi papá y mi mamá no van a ser pareja, yo he notado el efecto y sé que ella lo hace por mi intervención, y yo sé que de allí no va a salir pareja porque esa señora no va a dejar de ser madre, pero la permanencia, la estabilidad de ellos dos, que es lo que a mí me interesa, yo sé que está garantizada por mí. Ahí no va a depender de que yo desaparezca. Por ejemplo, estrategias: «Hijo, voy a comprar tal cosa», dice mi mamá, y yo le respondo: «¿Y qué dice mi papá?». Ella dice: «No le he consultado». Yo le digo: «Bueno, pregúntele a él y después me llama». Eso la obliga a muchas cosas que yo sé que modifican muchas cosas en la casa.

Es interesante confrontar esto con la confesión de otro de los investigadores, de origen europeo: «Muy interesante eso que están ustedes diciendo. A mí, en cambio, cuando me encuentro en una disyuntiva ética, no sólo la sexual, la imagen que me puede venir no es nunca la de mi madre sino siempre la de mi padre. Por supuesto, estamos ante dos experiencias de familia totalmente distintas».

316

Lo interesante es que, si lo vemos en términos psicoanalíticos, se diría que el superyo venezolano es materno, mientras generalmente se concibe al superyo como paterno, y así lo ha desarrollado el psicoanálisis. Aunque nosotros no hacemos nuestro trabajo a la luz de teorías determinadas, esto puede ser una buena sugerencia para los psicoanalistas. Es claro que el superyo no se forma exclusivamente sobre las figuras parentales sino con base en toda la cultura, pero las figuras parentales son determinantes. ¿Cómo sería un superyo materno, y, además, materno con ausencia de padre? Por otro lado, esto mismo nos hace ver que no se puede comprender a nuestro pueblo desde teorías elaboradas en otro mundo-de-vida.

Todas estas reflexiones nos indican que el tema de la sexualidad hay que plantearlo también desde la madredad. Precisamente, la mujer le dice al hombre, inconscientemente: o eres hombre o eres papá.

La sexualidad está separada del padre, como hemos visto en la historia de Felicia y, según lo que venimos diciendo, también de la pareja. Pero en su historia hay algo muy claro: la sexualidad es para tener hijos. Al quedar embarazada, la sexualidad de la mujer ya está plena. En el hombre, en cambio, ninguna experiencia parece definitiva y tiene que seguir experimentando. De ahí, el machismo como exigencia cultural, producto de la madredad, como ya hemos señalado. Sin embargo, cuando ya no tienen perspectivas de tener hijos, cuando además los ya tenidos están mayores y las hijas han formado su familia y los varones se permiten mayor aleja-

miento de la madre, aparece la formación de parejas estables con relativa frecuencia, como también la soledad autosuficiente de muchas mujeres, sobre todo. En la historia-de-vida de Felicia eso está presente, de algún modo, en el reclamo que le dirige al último marido. Ante el fracaso, decide no buscar ninguno más. En cierto modo, ya de mayor, Felicia se abre a la pareja, pero fracasa.

Al hombre venezolano se le cría para que se fastidie de una mujer y a la mujer para que se fastidie más rápido del hombre. La misma dispersión sexual que se le pone como imperativo a los hombres, también alguna vez tendrán que sentirla las mujeres y, sobre todo, después de que son madres y dicen: no vuelvo a ser madre otra vez. Es importante tener presente que lo biológico de la relación sexual es cultural también.

La mujer, antes de tener otro tipo de relaciones, tiene que romper con el hombre con el que está. También en la mujer la sexualidad es dispersa, pero abierta a la madredad, a tener hijos. Por eso, cuando ya no puede tenerlos, asume con facilidad su soledad, que no es propiamente tal dado que estará siempre plenamente acompañada por los hijos. Es el hombre el que vive solo sus últimos años, a veces recogido más por piedad y deber que por afecto, en la casa de una de sus hijas, como se ha dicho, y se muere solo.

El hombre busca una tranquilidad y estabilidad que pocas veces consigue. En el fondo, busca familia. La mujer no la necesita porque su estabilidad está en los hijos.

¿Qué decir de la ruptura de las relaciones de lo que difícilmente podemos llamar pareja? Las rupturas en el mundo-de-vida popular no se suturan. Cuando hay una ruptura, la ruptura es afectiva fundamentalmente y simplemente definitiva. Puede haber perdón, en el sentido de: bueno, no pasó nada; pero no hay reconciliación. Hasta se podría hablar en la mujer de cierta crueldad, en el manejo de la sexualidad como instrumento para la relación, de chantaje para el fin que es ser madre y afirmarse como mujer. Porque lo dicen: yo tengo mi hijo y con mi hijo yo soy mujer completa; o sea, soy doblemente mujer: ya no sólo por la posibilidad de tener hijos sino también por el hecho de tenerlos.

Esto se conecta con el problema de los celos. La ley es que el venezolano varón es el que tiene celos, no la mujer. Llama la atención que en el ámbito del mundo-de-vida popular, por lo menos en la apariencia, en lo que se ve, la mujer, cuando se entera de que el esposo le ha sido infiel, pareciera como si le importara muy poco o no le importara, aunque se produzca por momentos una explosión violenta muy fuerte. Si el hombre se entera, eso es un sismo.

En Felicia no hay celos. Lo dice muy claro: ¿qué importa? Tú tienes lo tuyo, ¿y qué importa? Yo estoy contigo. Cuando la mujer se dedica a manifestar algo que uno piensa que es celos, no son realmente celos; es mecanismo para encubrir otra cosa que ella quiere.

Abundan los casos en los que el hombre tiene hijos y mujeres diversas, y a veces todas se conocen y se tratan. O sea, es como si la mujer, recordando lo que ha producido en sus propios hijos, le dijera al marido: está bien, tú puedes tener una sexualidad dispersa, pero me garantizas a mí que mi familia, que yo, tenga de todo.

En la historia-de-vida de Pedro encontramos luces para comprender cómo, desde la estructura de personalidad cultural del varón, se hace muy difícil y por largo tiempo imposible, la constitución de la pareja como componente importante de un proyecto de vida.

Recorreremos todo el proceso de formación de las relaciones de pareja, desde la primera adolescencia, tal como lo hallamos en su historia-de-vida y en el estudio que junto con él hicimos analizándola.

Iniciarse en la adultez, tanto para Pedro como para cualquier joven de los sectores populares, se hace en grupo. El adolescente popular asume conductas de adulto muy pronto, inducido por otros jóvenes poco mayores que él, pero ya iniciados y por la misma necesidad de sobrevivir. La edad es la propia de la plena adolescencia, en torno a los quince años, lo que supone quemar etapas. La iniciación no se hace, pues, bajo la guía de ningún adulto, ningún padre, ningún educador, que puede haber superado, reflexionado y evaluado la experiencia. Eso es lo que induce al Pedro actual a declarar:

318

«Ahí es donde empiezo ese período de coño ‘e madrada. Es un período así como de... de libertinaje. Quien me mete eso en la cabeza, bueno, son mayores que yo, ¿no? Bueno, vamos pa’llá, vamos a echarle leña y más nada».

Su iniciación se produce en un ambiente que roza con la delincuencia, que se sitúa en una línea limítrofe, en una frontera que se traspasa a veces, sobre todo los fines de semana, y de la que se regresa en el tiempo ordinario, el de trabajo y de vecindad. Mundo de alcohol, de burdel de barrio, al que se accede en grupo y del que se disfruta en grupo.

Desde adolescente aprende cómo un hombre gasta su sueldo. El sueldo es para disfrutar con el grupo, para convivir con el grupo en relación y compartirlo; sin previsión ninguna, porque, en último término, hay una «madre», sea la propia, sea otra que haga ese papel, que por otras vías consigue lo necesario para el sustento semanal. En este sentido, Pedro aprende que no tiene ninguna responsabilidad con el dinero que gana; no lo gana para nadie, para ningún futuro ni para ningún fin reproductivo, económico.

Aprende cómo son las relaciones de pareja a partir de una iniciación en las relaciones sexuales en la que él tiene poca iniciativa. Lo llevan al burdel.

«Cuando tú tienes quince años, tú me hablas una cosa, éste me habla otra, ella me habla otra y, bueno, parece que tú buscas pa’ onde peor te hablen. Como yo veo que toítos iban y tal, bueno, yo también voy pa’llá; pa’ no quedar mal, entonces iba».

Riega también la primera hija, fruto del primer apareamiento. Sin ninguna intención de compromiso, simplemente para tener una mujer por un rato, se lleva a ésta para la casa donde vive. Esto en el caso de Pedro, pero ya hemos visto cómo desde muy temprano los jóvenes varones establecen este tipo de relación fugaz y pasajera, que no puede definirse como de pareja sino de apareamiento. Es tan poco personal, que se hace también en grupo. La madre no sólo lo permite y lo tolera sino que acoge a la muchacha como la mujer del «hijo» por el tiempo que sea. Es lo normal, lo que siempre hacen todas las madres populares. Que el hijo tenga una mujer, aunque sea por un tiempo, no sólo es aceptado, sino deseable para ellas.

La mujer, por otra parte, aunque sea una muchacha, sabe los mecanismos para retener al hombre por el mayor tiempo posible. Así sucede que lo que fue proyectado para un rato se puede prolongar hasta el embarazo. La muchacha sabe que va a quedar embarazada; sabe muy bien lo que tiene que hacer para no embarazarse, pero no lo pone en práctica porque quiere ser madre, aunque sabe también que el hombre por eso mismo la abandonará. Eso, en el fondo, poco importa; lo que importa es su madredad, constituirse en familia.

Pedro es ejemplo de cómo se es iniciado al apareamiento sin compromiso a futuro, o lo que es lo mismo, a la negación de pareja. De ahí los múltiples mecanismos para que ella se rompa; pero, generalmente, no es la mujer la que rompe sino que hace de todo para que sea el hombre el que se vaya o la aleje. Así, el culpable siempre será el hombre.

El mecanismo es generalmente esa especie de rapto: «Yo me llevé a Fanny», dice Pedro. No hay enamoramiento verdadero: «Yo lo que quería era tener relaciones». Está dentro de la norma popular; el machismo, sobre todo de tipo sexual. Simultáneamente con Fanny, Pedro dice tener otras mujeres, cuando todavía es un adolescente. Incluso, se une a una joven varios años mayor que él, que sólo tenía quince, y hasta se la presenta a la madre que acepta que se la lleve para su casa. Narra: «Enamorao no; yo lo que quería era tener relaciones con ella y, después que lo tuve, ya yo no... no quería nada».

El machismo aparece como la forma normal de la relación hombre-mujer. Esto queda muy bien ilustrado en la historia de sus tíos y primos que Pedro narra en una sesión de trabajo y que aquí reproducimos como una manifestación más no sólo del mismo machismo como conducta masculina, sino también de la aceptación complaciente de las mujeres centradas, sobre todo, en ser madres, incluso de los hijos del hombre con otras. Lo uno no se daría sin lo otro. Ello muestra que no se trata de una «desviación» sino de una estructura funcional dentro de la cultura, de un complejo conductual que desempeña un papel, cumple una función determinada.

Luisa, hermana de mi mamá, se casó con un solo tipo y con ése tuvo sus hijos; todos sus hijos los tuvo con ése. Luisa se calaba un martillo diferente. Mi tío, cuando vivió con mi tía, tenía como 49 muchachos y de mi tía sólo son 7. Yo viví con mi tía un tiempo. Voy a contá eso. Yo viví con mi tía un tiempo; mi tío era muy cariñoso. A mí: «Sobrino...». Y todavía mi tío: «Sobrino pa'llá, sobrino pa'cá...». Y mi tío vivía viernes y sábado con mi tía, su esposa, o sea, con la mujer; domingo vivía en La Laguna: ahí tenía una mujer; el lunes vivía en La Cañada: ahí tenía otra mujer; el martes vivía en Tapire; el miércoles vivía en una cosa que llaman Alto La Cruz; el jueves vivía en otro pueblito por ahí cerca que tenía otra mujer y los otros días los empalmaba con mi tía. Le daba dos a mi tía y a las demás, a cada una un día. Y cuando él se casó con mi tía, ya tenía como diez muchachos; y era un tipo joven el muchacho. Cuando yo conocí a Laura, una mujer de'l, yo tenía dieciocho años, Laura tenía dieciséis, la mujé de mi tío. Todas las mujeres, ninguna llegaba a veinte ni nada de eso, puras menores. Laura tiene diez muchachos, la otra tiene siete. En estos días yo le vi el carrito full de muchachos y yo le dije: «Tío, ¿todavía?». «No, mijo, eso son nietos». Pero era muy cariñoso con sus hijos y todo y, bueno, era de una forma. Eso sí, a todas las mantenía, a todas. Ese se las barajaba de tal manera que a todas las mantenía. Preferencia con mi tía. Por eso, cuando mi tía se obstinó, que se cansó, que decidió quedase con sus hijos solamente... y él va a la casa y como amigo. La otra vez se enfermó y se quedó ahí durmiendo en su cama en un cuarto aparte y mi tía lo atendió y todo porque es el papá de sus hijos y todo; pero, cuando mi tía decide quedase sola con sus hijos, él le dice: «Bueno yo me voy; aquí se queda el camión, que lo maneje mi hijo mayor». Él, cuando se fue, llamó a mi primo y le dijo: «Bueno, yo me voy porque ya tu mamá se cansó y —dándole la razón— el hombre de la casa ahí eres tú; ya tú sabes manejar, ya tú sabes desarmá ese camión, ya tú sabes todo —los demás eran pequeños—; tú te vas a encargá de tu mamá y tus hermanos; yo siempre les traeré algo». Y ahí arranca mi primo a sé el hombre 'e la casa. Desde que era el hombre 'e la casa, mi primo tenía que con el volteo buscá la arena, pasá los bloques. Tenían una bloquera, porque a ella le dejaron la bloquera, el camión y le dejó su casa y se fue en su carrito; entonces, a ella le dejó todo eso. La mujer de allá que tenía en La Cañada, le tenía un negocio, una rockola ahí que vendía aguardiente en La Cañada... La que lo vino recogiendo fue la muchacha 'e La Cañada; con ésa es que vive hasta hoy; esa él le había montado un negocio, una rockola, un expendio de licores y todo eso.

El famoso tío nunca, pues, formó pareja sino múltiples apareamientos temporales. Cuando se va, porque la esposa ya no soporta el trato, deja al hijo mayor como sustituto. Pocos son los casos en que el padre asigna el puesto y la función de hijo mayor; generalmente lo hace la madre, porque el padre se ha ido o ha sido excluido muy pronto. La función de hijo mayor como sustituto del padre, tanto

para la madre como para los demás hermanos, cae plenamente dentro de la estructura de la familia matricentrada. Después de tanta dispersión sexual, de haber engendrado tantos hijos y haberle construido casa a todas las mujeres, no tiene casa propia ni familia propia. Los hijos varones y Pedro aprenderán de él.

Ésa es otra, mis primos llevan la vida del papá: una por ahí con un hijo, una casa, otra por allá con un hijo, otra casa, otra por allá con un hijo, otra casa y así. Y se ríen; con esos yo gozo un imperio. Pero esos sí trabajan ¿ve? Esos son carajos que yo me digo: bueno, ojalá, ojalá, así, en unión, nosotros hubiésemos sido igual, los de mi mamá por lo menos. Entre las mujeres que tenía mi tío, tuvo una que se murió pariendo, dejando cuatro niños; éstos los recogió mi tía, éstos los recogió mi tía Ana; ya mi tía Ana había recogió cuatro de las primeras que tenía mayores que los de mi tía. Cuando él se casó con ella, esas cuatro llegaron ahí y hoy en día son unas mujeres y la quieren bastante. Cuando se muere, estos niñitos mi tía los recoge y se los lleva pa'llá y los cría, cría a estos niños; ve que después ellos crecieron y tal y ahora son hombres que andan por ahí, pero la mamá de ellos es esa señora... El 31 eso parece... no joda. Nosotros hemos ido pa'llá y en esa casa no cabe nadie; le llegan toditos y hasta los de las mujeres que tiene por ahí llegan allá buscando a los hermanos; se compran unas y hacen una comía toditos. Mi tía es la madre ahí de todos; y ella contentísima.

321

La actitud netamente machista va a dar un cambio. Se enamora, así sea transitoriamente, de una prima y se va concentrando en ella. Se da un proceso de selección que indica una cierta maduración. Vive así un primer período largo con una mujer (doce meses), a la que le dedica por lo menos buena parte de su tiempo y de su trabajo.

«Esa fue la... la segunda responsabilidad, pero ya una responsabilidad más fuerte. Porque allá de por medio estaba mi familia, estaban mis tías, estaba todo, ¿me entiendes? No la podía botá así mismo. La tenía que aguantá hasta dónde íbamos a llegá. ¿Buscando que mi abuela me matara?».

La posibilidad de pareja se abre, y la responsabilidad, cuando el asunto es entre familia porque responsabilidad es ante todo responder a la familia; no tanto a la mujer propiamente. Aquí hay de todos modos un cambio en Pedro: se concentra en una sola mujer. «Claro, pero era por ese momento», comenta Pedro. Sin embargo, añade: «Me enamoré de ella, claro. Ya las otras no me habían importado como me importaba ella».

Ahora bien, ¿qué significaba para él enamorarse? «Bueno, que ya tenía que tené responsabilidades y tal; y compartir con ella y esto. Que no tenía que está echando vaina por ahí, pues».

Es la primera experiencia un tanto duradera de pareja—lo anterior no se puede decir que estuviera dirigida a formar pareja—, que termina en fracaso.

En esto tiene su parte la trama familiar que conspira también contra la pareja. La familia, en efecto, no sólo se enemista con Pedro—quien recurre a la responsabilidad como manera de exorcizar el rechazo— sino que la rechaza a ella. «Y ella, su familia era su familia». La familia estará siempre por encima de todo. Podrá ceder por un tiempo ante una emoción fuerte, pero, a la larga, su rechazo es insoportable. Es significativo que la familia la recibe cuando rompe la pareja; primero la recibe el hermano mayor, el que hace de padre en la familia y, a través de él, todos los demás. La presión afectiva de la trama familiar hace imposible el éxito de esta pareja, la cual, por otra parte, tiene también poca solidez por sí misma y por los mismos actores.

¿Cuándo en la conducta de Pedro al respecto se produce un cambio verdadero? Cuando interviene un factor externo a la familia y al aprendizaje que le ha venido formando desde niño en el seno del mundo-de-vida netamente popular. Aparece el factor religioso por medio de los seminaristas que llegan al barrio, con uno de los cuales, como ya hemos indicado, establece una profunda amistad, y una relación filial que es al mismo tiempo educativa. Sin embargo, no se produce el cambio sino paulatinamente y como consecuencia de una relación continuada.

Lo educativo cambia algunas cosas, pero la estructura afectiva fundamental permanece. Cambian algunos valores, pero lo esencial tardará. Ahora comienza a gestarse la posibilidad de estabilizarse con una mujer, o sea, hay por lo menos un dibujo de pareja en el horizonte cuando entra en relación con el grupo juvenil y los religiosos. A partir de la responsabilidad para con los otros y para consigo mismo, se abre la posibilidad de establecer una familia y dejar de brincar de un lado a otro. Y comienza la búsqueda de esa mujer con la cual tener una familia.

Lo que sucede es que ha comenzado a colaborar con los religiosos en las actividades de atención a los niños y los otros jóvenes del barrio, como dirigente y responsable. Eso no concuerda con la actitud machista sexual que hasta el momento ha sido su manera de relación con las mujeres. Esto, por una parte, cambia su imagen ante los demás, imagen que debe cuidar, y por otra atrae a las jóvenes que ven en él alguien más responsable y por eso mismo atrayente que los demás jóvenes del barrio.

Ésta es una parte, esa fue una parte fuerte. Mira, ésa es una parte fuerte en mi vida porque ya no me buscaban pa' divertirse conmigo, ya me buscaban como pa' atarme, pues. A mí esa mujer me fastidiaba. ¿Cómo me fastidiaba? Bueno, yo estaba por ahí echando broma o estaba en el Centro y llegaba ella que: «Mira, que ven acá». O sea, como si era mi mujer, pues. Y a mí me molestaba esa vaina y yo: «Ah, pero bueno, ¿qué pasa?». O sea, me molestaba, me daba pena, me daba pena con... con la gente ¿ve? Porque yo estaba en una cosa, y no quería que... O sea, con la gente, con las mu-

jeros, con las personas mayores, sí. ¿Entiende? Porque yo estaba en una cosa y, no sé, entonces ella quería está, en toas partes me buscaba, a fastidiarme como que si yo vivía en su casa. Todas llegaban: que no, que yo, que tal, que quiero...; o sea, que quieren atraparte, y yo: no, no, no. Yo voy, pero hasta ahí no más. Se cortaba rápido.

Muy importante para Pedro es el cambio de grupo. Este nuevo grupo hace que él vaya cambiando. Pero como él mismo dice: ese cambio no es de un día para otro. Es un cambio paulatino. Ya hay un proyecto de pareja, aun cuando hay todavía dispersión sexual, pero no pasa de ser pura dispersión sexual, porque anda buscando una mujer y es esa mujer que lo trate bien. Una mujer que sea para él, que sea estable. Esa mujer con la cual quiere hacer la pareja. Dice: «Se me metió en la cabeza» ese pensamiento, esto es, se trata ya de un proyecto consciente.

Es un tiempo largo ese. Yo antes, para ese momento, yo no podía vivir sin tener una mujer. Tenía que tenerla pa' está teniendo sexo con ella to' el tiempo. Y ése es un período largo donde yo..., aminoran después las relaciones; no tengo y no tengo (encogiéndose de hombros). Yo no le paraba; me daba igual. Un tiempo... donde ya no me importa; si la conseguía, tenía, y si no la conseguía, no tenía nada. No como antes. Antes parecía que andaba loco, ahí por...

Busca, además, una mujer que esté motivada por lo mismo que está haciendo en ese momento, que comparta su vida y su práctica social con los niños y jóvenes del barrio.

A estar conmigo; si no... Sí. Porque tenía que ser que conviviera conmigo, que hiciera lo que yo hacía, si no, no. O sea, que yo no estaba viendo..., yo no me iba a parar a pensar que tenía que ser una muchacha íntegra, que tal. A mí no me importaba si tenía pasado o no tenía. Entonces cuando la consigo, tenía un pasado feísimo, pero a mí no me importó. A lo mejor ésa es la mujer que yo quería, en ese instante, pues.

Es muy significativo el hecho de que las mamás veían a Pedro como un candidato apto para sus hijas. Él tiene ya la imagen de hombre responsable y que está claro en lo que quiere hacer. Es el hombre ideal de toda madre, el que quiere toda madre para su hija. Es importante ese cambio que él narra, desde que no es aceptado hasta que se convierte en alguien a quien aspiran las mamás para sus hijas. Ahora ve a las madres. Antes veía sola a la mujer que le gustaba. Ahora la mujer que le gusta tiene una familia. Y ahora la ocupación para él es muy importante. Antes el centro de todo lo que hacía eran las mujeres, no era el trabajo u otra cosa. Ahora tiene una ocupación que lo llena y que le sirve para estar claro en muchas

cosas. La mujer que él busca no puede alejarlo de lo que él hace, tiene que respetar unas cosas de él muy puntuales.

Sí. Ése es un período fuerte, porque cuando tú llegas a ese momento, cuando yo lle- go a ese momento, todos te quieren sacar de ahí ¿verdad? ¿Entiende? Por ejemplo, los muchachos con los que yo andaba, los motorizados, me decían: «Pero bueno, ¿tú eres marico o qué? ¿Tú vas a está...? ¿Qué haces tú en esa vaina metido? ¿Tú vas a ser cura? ¿Te vas a meté a qué?». Porque las otras mujeres me lo decían, también ellas me lo decían: «No. Vámonos a una rumba pa'llá arriba». Y a mí no, no me gustaba. Lo mío era está con ese poco de carajitos ahí, y hasta cierta hora y después me iba a acostá.

Con la narración de cómo logra finalmente formar pareja, concluye el cuer- po de la historia-de-vida de Pedro. En el momento en que lo narra, hay ilusión, es- peranza y optimismo. Sin embargo, la unión, de la que nacen dos hijos, dura sólo ocho años. La estructura psicológica y cultural, sobre todo de la mujer por un lado y sus propias dificultades para encarar los problemas, la llevan al fracaso. Una nueva unión, poco después, de la que ya han nacido dos hijas, con altos y bajos, pero actualmente estabilizada, constituye la situación actual de Pedro que, des- pués de dos años pasados de nuevo en su pueblo oriental de origen, ha regresado al mismo barrio.

324

La matriz cultural y del mundo-de-vida tiene sus reglas propias, incuestio- nadas, prácticas e inconscientes, que permiten sólo la ejecución de un tipo de re- lación mujer-hombre, aunque vivida de múltiples modos. Esta matriz conspira contra la formación de una pareja estable en el seno de nuestro pueblo.

Dicha matriz puede ser modificada en casos personales por factores exter- nos al mundo-de-vida popular, como puede ser la identificación con las exigen- cias morales de la religión obtenida mediante el contacto con algún religioso con el que se establece una relación personal profunda y que van más allá de cómo dicha religión ha sido vivida y practicada por el pueblo venezolano, esto es, en cuanto formación cultural, o lo que podríamos llamar religiosidad católica popu- lar. Entonces puede producirse, como le sucede a Pedro, una especie de profunda conversión que cambia las percepciones y los valores con relación a la pareja, la familia y el matrimonio. Ese proceso puede también ser relativamente largo y di- ficultoso, de avances y retrocesos, pero puede desembocar en la constitución de una pareja plena, por lo menos de parte de quien ha sufrido esa modificación.

Ahora bien, la pareja es obra de dos y si una de las partes no coincide con la otra en semejante experiencia transformadora, el proyecto estará abocado al fra- caso. La otra parte no espera encontrar en su compañero o compañera el cambio profundo arriba indicado y no estará en condiciones de reconocerlo, aunque se

le presente insistentemente ante la vivencia cotidiana. Siempre quedará latente la duda, porque el mundo-de-vida y la cultura dictan unas verdades y unas normas de conducta profundamente incorporadas a la estructura psíquica y social de las personas.

Así, la primera experiencia de pareja para Pedro durará ocho años, pero resultará imposible mantenerla por obra principalmente de la esposa que no acaba de confiar en él.

Ocho años yo duré viviendo con mi esposa. Yo no le di un beso a más ninguna mujer; yo no vi otra mujer que no fuera ella, el control lo llevaba ella. Ocho años de que yo... las mujeres me decían algo y yo me iba. Para mí existía solamente mi esposa. ¡Ocho años! ¡Eso me montaba unos seguimientos! Yo le decía: no, vale, no está pasando nada. Y es que yo no me acercaba a nadie. Bueno, tanto que ella empezó a celarme del grupo. Yo tuve que cerrar el grupo de las muchachas porque me celaba. Ya se metía con lo que yo estaba haciendo en el Centro, y ella no quiso saber más de eso. ¡Qué va! ¡No se pudo! Equivocado totalmente.

Hablando en general, se puede decir que en el mundo-de-vida popular no hay posibilidad de pareja ni por un lado ni por el otro, que hay que construirla en lucha con la cultura. La pareja, en todo caso, siempre hay que construirla, pero en otras culturas está como prevista. Aquí no; no está en la cultura.

325

Enamoramiento y noviazgo

Veamos ahora un aspecto fundamental para las relaciones de pareja y para la constitución de la familia matricentrada: el tema del enamoramiento y del noviazgo, si es que de uno y otro podemos propiamente hablar y hasta qué punto en el mundo-de-vida popular.

Utilizaremos el término de pareja por inevitable, sobrentendiéndolo como más bien apareamiento. Cuando nos reframamos a la pareja en el sentido arriba definido, hablaremos de pareja integral o completa.

¿Cómo llega, pues, a formarse, a constituirse, la familia matricentrada, esto es madre-hijos? Esta familia no puede llegar a existir sino mediante un hombre que establezca una relación de pareja con la mujer a la que hace madre y a la que, por tanto, constituye en familia.

¿Cómo se establece esa relación de pareja hombre-mujer? ¿Mediante una atracción meramente sexual? ¿Mediante un enamoramiento? ¿Mediante amor?

En las historias-de-vida la expresión es: «se enamoró», si es un hijo que habla de su propia madre, o de su propio padre, o «me enamoré», si es el historiador cuando narra su propia historia.

¿Cuál es el contenido, el significado, de tal expresión?

Cuando Pedro narra su propio origen, expone así la formación de la pareja parental:

Mi abuelo era comisario del caserío. Mi papá era uno de esos... de que, como era hijo del comisario, hacía y deshacía. Se enamoró de mi mamá y se llevó a mi mamá. Mi abuela no quería a mi papá porque él se la daba. Entonces, llegó mi papá y se llevó a mi mamá pa'llá, pa' Tapire (...) pero en aquel tiempo él tenía muchas mujeres... Él tenía bastantes mujeres. Como era hijo del comisario, él hacía y deshacía y tenía otras mujeres, (...) los días que se perdía de la casa era que lo habían casao.

Enamorarse y «llevarse» a la mujer van juntos y en secuencia. El mismo Pedro lo dice de otra manera, en otra circunstancia, cuando evoca sus recuerdos en Los Conucos: «Es la famosa cosa esa de que salían pa' una fiesta de noche y no llegó (la hija de casa)».

Una de las tantas mujeres fue la hija, menor de edad, de un terrateniente, quien lo obligó a casarse. Aunque era el hijo del comisario, se encuentra con el jefe de otra familia poderosa. «El papá de esa señora también era ahí... eran respetados. Era el viejo vergatario, otro de los vergatarios del pueblo. La rivalidad entre familia y familia. Bueno, se encontraban dos familias —“a mi hija tú no la vas a jodé”—y, bueno, y obligan a mi papá; a mi papá lo casan».

El enamoramiento del papá entra en este contexto de poder arbitrario: se lleva a la mujer. Ésa es una de las cosas que él «puede» hacer: llevarse a una mujer, como llevarse un caballo, apalear a un campesino o meterlo preso. Hace y deshace. Llevarse a una mujer no es una acción especialmente significativa; es una más entre las acciones que hace y deshace.

Pudiera hablarse de una especie de rapto consentido por la mujer e incluso producto de un consenso de ambos. No se puede hablar de rapto en sentido propio; por eso hablamos de una especie de rapto en cuanto entre una y otra experiencia hay semejanzas. Por lo menos así lo expresa la forma en que se narra. Numerosos son los testimonios que hemos recogido al respecto. Por ejemplo: «A mi abuela se la llevaron», «Así fue con mi mamá y con mi tía». Propio de un tiempo histórico en el que en Venezuela la población era predominantemente rural. Esa especie de «rapto» es la manera común, tanto que se diría la práctica cultural, de «ponerse a vivir», que no implica un compromiso de larga duración con efectos jurídicos y sociales como el matrimonio. Es la iniciación de la mujer a la madredad. En este sentido, el rito matrimonial para formar pareja es sustituido por el «rapto» en cuanto rito iniciático para la mujer. Por su mediación clausura su hijidad-de-madre y pasa a la madredad-de-hijo. Si bien el rapto aparece como arbitrio del

hombre, está a servicio de la madredad de la mujer, pues no producirá padre sino engendrador, función necesaria pero transitoria; lo permanente será la madredad generada a partir del rapto. Por lo mismo, el verdadero sujeto va a ser la madre.

La mentalidad producida por una larga tradición cultural propia de situaciones rurales se mantiene muchas veces encubierta por nuevas costumbres urbanas en la vida de los barrios y de las urbanizaciones populares. Tanto el barrio como la urbanización popular es, en gran parte, y para la forma de pensar y sentir de sus habitantes, una continuación de los pequeños pueblos rurales de donde provienen las generaciones emigradas a la ciudad. Se ha producido ya una desidentificación con las costumbres del campo, pero no una eliminación de las formas culturalmente establecidas de pensar y percibir. Estas cambian mucho más lentamente.

Primero es el avasallamiento. El hombre llega y avasalla; se lleva a la mujer. Es la conquista del conquistador. El sujeto de la acción, que no es una acción de amor sino de poder, es el «hijo del comisario». Todo está narrado en términos de poder: «entonces llegó... y se llevó... pa'llá».

Pedro es, pues, hijo del poder paterno y del fundamento materno. Si Pedro es, del lado paterno, hijo del poder, lo es de un poder muy débil, tanto que no servirá para defenderlo a él de otras arbitrariedades y, por eso mismo, Pedro lo abandonará. El hombre se lleva a la mujer, pero, una vez en la casa, no es ella la que vive con él sino él quien vive con ella. Ésta es la forma de decir —«mi papá vivía con mi mamá»— que la familia y el hogar son de la madre.

Pedro nos dice que su papá se enamoró de su mamá, pero en ningún momento nos dice que ésta se hubiera enamorado de aquel. En los siguientes episodios de la historia en los que la madre de Pedro establece una relación con un hombre, y son muchas, son éstos los que se enamoran, según la narración. La madre los acepta cuando «le daban» a sus hijos.

Esto plantea una pregunta que recurre insistentemente en todas las historias-de-vida populares: ¿Se enamora la madre venezolana? ¿De quién se enamora? ¿Será que su verdadero amor son sus hijos? De hecho, se habla también de que la madre se «enamora», pero siempre para explicar que concibió un hijo de un hombre.

Pedro, como ya hemos señalado, dice que su papá «le quería mucho», pero no dice que quisiera a su mamá. Dice, sí, que se enamoró de ella —le hizo un hijo—, pero no que la quisiera. De hecho, se da en un contexto de «muchas mujeres». Esta distinción entre enamoramiento y cariño o amor propiamente dicho, replantea el problema de la pareja; da la sensación de que no hay pareja tampoco en este caso.

Del discurso de Pedro parece que el poder derivado de su padre, sólo se ejerce sobre las mujeres, esto es, en cuanto le permite numerosas conquistas. Es en lo sexual en lo que «hacía y deshacía». Si no era el único ámbito de su poder arbitrario,

es el único que se destaca en la narración que le ha sido transmitida a Pedro. Es lo típico del machismo venezolano, que se expresa sobre todo en la dispersión sexual.

Ahora bien, el matrimonio con la hija del terrateniente aparece como una acción involuntaria, impuesta. Ni en el caso de la unión de la que nace Pedro, ni en este último, encontramos enamoramiento propiamente dicho ni amor, sino seducción, ejercicio de poder, machismo o simple búsqueda de placer por un lado y madredad por el otro.

Cuando Felicia tiene apenas trece años: «... y resulta el caso que mi padrastro, conjunto con mi mamá, me casaron con ese muchacho (un sobrino de su padrastro) (...) no me recuerdo qué tiempo hubo en eso, pero yo no sabía lo que era... enamorarse (duda al decir esta palabra)». Antes de la propia celebración, ante juez, del matrimonio, el hombre la corteja con regalos, pero ella no entiende para qué son esos regalos. No se puede, pues, hablar de algún tipo de noviazgo. Esta unión no se llega a consumir, pero ya nos dice que en el mundo de Felicia no interviene para nada el enamoramiento para que una mujer sea entregada a un hombre.

El matrimonio aparece así como la entrega concertada de la mujer a un hombre que la requiere. Carece de afecto para su constitución, aunque el cortejo, de tipo clásico, hace suponer un cierto enamoramiento por parte del hombre, a menos que sea simple rito social. No hay un mínimo acuerdo entre los miembros de la pareja. La decisión es unilateral y totalmente externa a la pareja en cuanto tal. La niña ni siquiera puede saber de qué se trata. El matrimonio legal es algo completamente sin sentido para ella, es sólo la obediencia a un mandato imperativo.

Hasta aquí estamos en ambiente rural, tanto para la madre de Pedro como para Felicia.

Tampoco aparece el amor en la unión de pareja que Felicia forma con el padre de sus primeros hijos. Cuando ya tiene diecisiete años y está viviendo en casa de una hermana mayor, aparece ese señor que tiene treinta y cinco años, dos hijos y está separado de su mujer. Felicia ha pasado del ambiente campesino al urbano. Así, el hombre tiene un carrito de chicha, no un conuco, «que me ha dado algo», dice. No importa que le doble la edad ni que el intercambio afectivo esté poco claro. En realidad no aparece por ningún lado en la narración. Lo decisivo parecen ser las dos funciones que es capaz de cumplir: procreador y proveedor.

Quien toma la decisión es propiamente la hermana, que actúa plenamente como madre, esto es, hermana-madre-cultura. Muy pronto aparecerán sus defectos, bebedor y violento, que también debieron haber aparecido antes.

Hay un candidato joven anterior al elegido, en cuya candidatura pudo haber algo de afecto o enamoramiento inicial, pero es descartado por la hermana, sin

oposición de Felicia, porque «nunca aporta nada», en palabras de la misma hermana, además «porque ella no iba a ponerme a sufrir a mí por complacerlo a él». La frase «por complacerlo a él» es expresión muy clara de lo que se entiende en la tradición popular que es lo que el hombre busca en la unión de pareja; en la unión no está implicada la satisfacción de la mujer sino la del hombre. Eso es lo que el hombre busca y eso no es razón válida, puesto que en ello no coinciden los dos. Por otra parte, no hay razón para complacer simplemente a un extraño.

Todo su mundo lleva a Felicia a realizarse como mujer-madre en su acceso inevitable a la madredad como constitutivo esencial de su persona. Eso le fija una manera singular-comunitaria de vivir al hombre como padre de sus hijos, mas no como pareja.

No es el caso de detenernos en todo lo que la psicología, la sociología y la antropología han investigado, desarrollado y teorizado sobre el amor y el enamoramiento en general, pero sí nos importa para tratar de comprender lo que sucede entre un hombre y una mujer del mundo-de-vida popular venezolano para que su relación concluya en una familia matricentrada y no en otro tipo de familia.

Según la mayoría de los autores que, bueno es tenerlo en consideración, analizan y teorizan en un mundo-de-vida marcado por una familia muy distinta de la nuestra, tres son los principales componentes principales de lo que conocemos por amor humano y enamoramiento. Se piensa que se dan en secuencia temporal ordinariamente, no necesariamente siempre, pues nada está determinado en los seres humanos, de modo que se inicia con uno de ellos predominante, al que van siguiendo los otros dos. Así, la formación de una pareja comenzaría por una atracción sexual entre un hombre y una mujer y el deseo correspondiente de la fusión física y la obtención del placer subsiguiente. Esta atracción y deseo pueden ser completamente independientes del desarrollo de procesos afectivos subjetivos de satisfacción psicológica del estar juntos, en compañía, intercambiar sentimientos, experiencias, percepciones de la realidad, gustos, ideales, proyectos de vida, opiniones y cualquier otra clase de contenidos psicológicos personales, pero, fuera de las experiencias puramente sexuales ocasionales o violentas en busca de una pura satisfacción física, ambos componentes, atracción-deseo sexual y afectividad van juntos. Esta conjunción de ambos componentes es lo que se suele entender por enamoramiento.

Podemos decir que ésa es la situación a la que se refieren las palabras citadas de Pedro: «Es la famosa cosa esa de que salieron de noche pa' una fiesta y no llegó». El hombre toma a la mujer, se la lleva y ya; no hay posibilidad de compromiso. Es esa una de las formas de lo que hemos llamado raptó consentido y que va seguido de que el hombre se lleva a la mujer, y de que «se ponen a vivir», con la consecuencia ordinaria de que nace un hijo y se forma la familia matricentrada, pues está acep-

tado como normal que esa relación hombre-mujer no llegue a convertirse en una pareja definitivamente estable.

El fenómeno puede darse de muy variadas maneras, con intervención de la familia, como en la iniciación de Felicia, o simplemente entre los dos sujetos del mismo, como en el caso de la madre de Pedro. No se da, por lo que nos muestran la historias-de-vida y los relatos-de-vida un período de acercamiento y conocimiento mutuo, de planificación compartida de la convivencia futura y de evaluación de posibilidades tanto económicas como personales, esto es, de eso que ordinariamente se ha conocido como noviazgo.

No está pensado a largo plazo, por eso no hay compromiso y no hay control. O sea, el control se aprende, ordinariamente del padre en la familia de pareja. En la matricentrada sólo se puede aprender de la madre, la cual es muy laxa en permisos especialmente con el varón. El control para todo es de ella y éste de la relación sexual y de pareja es uno de los controles que se aprenden junto con el control de los deseos, el control de la aspiración inmediata, eso que se entiende en psicología como postergar la recompensa o postergar la realización del deseo. En el mundo-de-vida popular, lo que vemos es que normalmente ese control, si lo hay, es muy débil, y por eso puede haber relación sexual con una especie de enamoramiento o un entusiasmo o una emoción que es corta y que no permite que se establezca una pareja duradera.

Lo encontramos como muy evidente en las historias de vida.

Juana, a cuya historia-de-vida ya nos hemos referido otras veces, es esa anciana llanera, campesina, de más de cien años. En su historia-de-vida narra cómo se puso a vivir con el segundo de sus dos distintos maridos sucesivos. Del primero no tenemos información sino cuando lo despide: «—Hacete de cuenta que no nos conocimos, te vas y te casas con tu mujer —le dije ¿no? (...) Que no hallaba qué hacer (...) Mis hijos me quedan a mí porque son natural (...). Claro, me quedan mis tres hijos que son naturales, son propios, ellos fueron los que me quedaron».

Queda claro que para ella lo importante son los hijos y no hay al parecer ninguna relación propiamente de afecto con el hombre. Le dio tres hijos y no importa que se vaya. Pasa el tiempo y establece su relación con otro hombre: «... a los años, yo decía voy a buscar a un hombre pa' que esté con mis hijos, estoy jovencita, digo yo...». Para que esté con los hijos, ése es el fin de buscarlo; no otro. El hombre responde: «Aquí estoy yo, mujer». Pero Juana no lo acepta de una vez: «Usted sabe que uno es mujer y él hombre, y yo estaba jovencita, pero como yo veía que era un hombre de trabajo, un hombre serio y como era de la misma familia, como quien dice hijo porque era criaio de Antonio, (...) porque él era de la casa desde chiquitico, entonces me metí a vivir con él».

Quien decide vivir con es la mujer y se decide por el más cercano, no importa la edad y la familiaridad. Hay dos condiciones para la decisión: la cercanía-familiaridad (criado del papá de sus primeros tres hijos) y la posibilidad de proveer a ella y a sus hijos. Desde la madredad ni la pareja (relación) ni el padre-abuelo, tienen sentido. Para Juana, Ramón, su exmarido, es sólo un hombre con quien tiene unos hijos: «El papa de ellos...» Una vez que lo ubica como totalmente externo a la familia, sin resonar desde la relación afectiva, Juana comienza a narrar las circunstancias en las que se produce el acercamiento y posterior vivir con. Padre de ellos, nada que ver con ella, no hay posibilidad de pareja.

En su historia se reproduce algo similar a lo sucedido a la madre de Pedro. A él lo hacen casar con otra porque embaraza a una muchacha menor de edad. Ya ella tiene tres hijos y ella más bien se alegra y respira y dice: «Bueno, los hijos me quedan a mí porque son naturales». O sea, ahí no hay posibilidad de pelearlos. Desde el principio no está planteado. Ella no se lo plantea ni con la primera ni con la segunda pareja. Con la segunda pareja, cuando se acerca al papá de los últimos hijos, de todos los demás, la idea es la misma, con el añadido de que tiene tres hijos y necesita a alguien que le ayude a levantarlos. En el caso del hombre y lo que uno ve retratado en la historia con el segundo marido, es que él se acerca a ella desde el mismo sentido de proveer y le dice: mira, yo voy a irme contigo y te voy a ayudar a mantener estos muchachitos porque tú eres jovencita y no puedes sola. Tampoco se da en el relato de ella cuando se refiere a él que haya un asunto de enamoramiento.

331

Lo vemos también y sobre todo en los relatos de Juan, a quien ya nos hemos referido hablando del padrastro. Al analizarlos, nos hemos preguntado por qué no se da un tiempo para conocer a las personas objeto de sus sucesivos emparejamientos, que son seis entre los 25 y los 42 años.

Lo que hemos podido concluir de los muchos testimonios recogidos al respecto es que no hay en el hombre, como consecuencia de la formación del hijo varón en la familia matricentrada que está destinado a ser hijo y no padre o esposo, una previsión del futuro ni siquiera inmediato.

Al hacer con él el estudio de su experiencia, expone claramente su actitud:

No, no hay conocimiento (de la persona), o sea, me gustó, me gustó la persona, comenzamos a hablar de intimidades, de gustos, de... bueno, y una vez que yo me doy cuenta de que yo también le atraigo y que le gusto a la persona, ya nos hacemos... o sea, nos empatamos, pues, e inmediatamente comenzamos a vivir la relación como que si fuésemos marido y mujer (...) Eso puede durar una semana, puede ser un mes, o sea, ese tiempo, sí, una semana, un mes, a más tardar. Lo que más tarda es eso, el cómo presentarme a mí delante de los hijos (como padrastro). O sea, ése es el tiempo que más tarda, es el tiempo que tú mantienes oculto durante un lapso de tiempo.

Así, resulta que la relación hombre-mujer se da en mucho menos tiempo que la relación hijastro-padraastro.

Juan con estas seis parejas dura un cierto tiempo, incluso con alguna un tanto largo, pero confiesa que, además y simultáneamente, hubo otras de más corta duración.

La mujer tiene ciertamente la previsión de ser madre, pero también la de no tener esposo duradero como componente esencial de la que será su familia. Sobre todo el varón tiene mucha inestabilidad, y la misma familia siempre se vive como una familia que no está sostenida sobre los varones, los padres.

Sin embargo, la gente reivindica las parejas que tienen treinta años juntos, reivindica al señor que siempre está pendiente de los muchachos, aun cuando no es lo que tienen como conocido, no es lo que han vivido, de modo que ese modelo, que es poco frecuente, tiene una valoración positiva. ¿De dónde viene esa valoración positiva?, se puede preguntar. Fruto del discurso que siempre ha sido producido entre nosotros, pero no desde el mundo-de-vida popular sino desde lo que podríamos llamar la concepción tradicional de la familia en la cultura occidental.

Pareciera que es un modelo, una situación a la que se pudiera aspirar. Lo mismo se puede decir con respecto al padre. No está el padre, no está la pareja, pero hemos encontrado que está la aspiración.

332

Ahora bien, si se aspira, es porque hay algún lugar en el que lo aspirado tiene realización y se quiere llegar allá. La aspiración es llegar a aquello. Esa realización está en el otro mundo, en el mundo ideal que es el que siempre se ha enseñado, que es el que siempre ha dicho la Iglesia, que es el que ha dicho la literatura, que es el que ha dicho la ciencia psicológica tradicional, que es el que ha dicho la escuela permanentemente. ¿Pero es una realización verdadera? ¿No es verdadera? ¿Es una fantasía? ¿Qué dice la experiencia? La experiencia vivida parece que dijera que no es real.

Hay que tener en cuenta que estamos viviendo en una realidad nacional, o en una realidad cultural, en la cual hay dos mundos que se interfieren y hay una realización ideal en uno de ellos, una experiencia, que puede convertirse en una aspiración. Puede ser que sea pura aspiración, puro deseo, abocados ambos al fracaso.

Para Erich Fromm, el enamoramiento debe dejar paso al amor. Se empieza a amar cuando se deja de estar enamorado. El amor de pareja estable y duradero, sobre el que se puede basar una familia triangular clásica, es todo menos ciego. Requiere conocer bien a la persona de quien en un principio se estuvo enamorado y optar con decisión consciente y voluntariamente libre por realizar con ella una convivencia abierta al futuro y, por ende, una familia en la que ambos estén siempre presentes. Llegar a esto requiere tiempo para conocer y aceptar a la otra

persona tal cual es y en su totalidad. Éste sería, en las sociedades tradicionales, el tiempo del noviazgo.

En la historia-de-vida de Pedro no lo encontramos, ya sea en la relación de su madre y su padre a consecuencia de la cual él nació, ya sea en lo que refiere a su experiencia de vida en el poblado, ya sea a su propia experiencia anteriormente comentada: «Me empaté con Fanny, la mamá de la niña; me la llevé». Tenía quince años y la niña de la que habla es su primera hija, con la que nunca tuvo mayor relación hasta ya de adulto.

Fanny iniciará así su familia matricentrada, en la que luego habrá otros hijos con otros padres transitorios. Y sigue: «... que José Antonio se llevó a la cuñada de ella. Entonces, nosotros, pa' sacarles el cuerpo, nosotros íbamos pa' toas partes por ahí, pa' no vivir con ellas (...) Yo tenía otras mujeres que vivían por acá (...) Yo ni le paraba. Yo quería que se fuera de ahí (...) la mandé a ella pa' su casa y yo me quedé solo».

El mecanismo es siempre esa especie de rapto: «Yo me llevé a Fanny». No hay enamoramiento propiamente dicho: «Yo lo que quería era tener relaciones».

Como hemos visto, en el caso de Felicia la pareja se constituye por un acuerdo familiar, tanto en el matrimonio no consumado como en su unión con el padre de sus primeros hijos, en el que ella, la interesada, no tiene parte decisiva. No podemos hablar tampoco de noviazgo sino de entrega.

Esto no significa que no se dé nunca la experiencia del noviazgo en Venezuela. La encontramos, sobre todo, en la clase media y en la iniciación a la adultez, especialmente en las mujeres jóvenes, aunque en la época actual el noviazgo, en cuanto tiempo anterior al matrimonio o a una convivencia, suele ya ser el nombre de una situación de pareja consumada no formalmente establecida, pero sí real.

En la historia-de-vida de Belén, a la que ya nos hemos referido en otro tema, el noviazgo se vive como un momento importante en el establecimiento del matrimonio y futura pareja. La pareja se produce a partir del enamoramiento. En la vida del novio, en cambio, que ya ha tenido otras dos mujeres, el enamoramiento propiamente no ha existido. Gilberto es un hombre de tradición matricentrada. Al enamorarse de Belén, entrará en otra tradición, la de familia de pareja y matrimonio, y cambiará su percepción y su práctica de vida.

Se trata de la historia de una práctica cultural de matrimonio completamente distinta de la tradición matricentrada. En ella el noviazgo es esencial en la producción del matrimonio. Pero ese noviazgo en concreto enmarca una época de conflicto, de rupturas, de decisiones por el contraste entre tradiciones y la desconfianza que en los miembros de una de ellas genera la vida anterior del novio. El noviazgo ya de por sí, en la tradición de pareja, es el tiempo en el que se toma la determinación del matrimonio.

En los sectores populares, de donde proviene el novio de Belén que luego será su esposo, el noviazgo, como etapa fundamental de la vida en pareja, ya hemos indicado que no existe porque la pareja no se ha producido sino como excepción. Existe una fachada que encubre ya un vivir juntos, sin que implique una etapa de mutuo conocimiento en cuyo marco se toma la decisión del matrimonio.

En la historia de Belén el noviazgo se constituye como parte del proyecto matrimonial a partir de una experiencia de enamoramiento. Por tanto, la primera condición es que la pareja es vivida como proyecto, en permanente construcción.

Belén inicia su narración de las relaciones con Gilberto, su esposo, en la etapa temprana: el pre y noviazgo. En esas complejas vivencias que tienen lugar antes y durante el noviazgo salen todos los contenidos y significados de un modelo de familia que no corresponde al modelo matricentrado.

Gilberto, el proyecto de novio, brega, esto es, lucha, forcejea, vive en constante pelea con los padres de Belén para lograr el noviazgo. Hace algunos sacrificios como dejar un trabajo, como muestra de su seriedad y compromiso para con la futura esposa. Probablemente ha dejado a la mujer con la que ha estado viviendo al modo propio de un hombre netamente popular, si bien Belén no lo dice y que es la situación que más incomoda a su familia.

De partida, Belén acepta al hombre como novio, no como marido. En su tradición histórica, los novios están enamorados pero no se van a vivir juntos; la relación de ambos tiene lugar y se va consolidando a partir de una vivencia de noviazgo.

Aquí aparecen la Iglesia y el párroco como apoyos y garantes de una forma de noviazgo y pareja externa a la tradición matricentrada. Como hemos visto en el caso de Pedro, la religiosidad vivida y practicada más allá de lo tradicional en la religiosidad popular sirve de apoyo y motivación para una formación de pareja estable y de matrimonio.

La práctica religiosa es con frecuencia el marco situacional en el que se suele dar el noviazgo clásico como preparación a la formación de una familia de pareja. Otros factores pueden ser la convicción personal de los novios producida por algún tipo de formación intelectual, por consejos aceptados de otras personas, por adaptación a exigencias sociales y otros. Estos factores actúan sobre todo en sectores medios y con formación de educación superior o, como en el caso de Belén, cuando se pertenece a una tradición de práctica religiosa ortodoxa.

Nuestras investigaciones con estudiantes universitarias (nos estamos refiriendo por tanto a las mujeres jóvenes) para explorar su experiencia, nos dicen que muchas de ellas han tenido noviazgos que no necesariamente han desembocado en una unión permanente, ni desencadenado, tampoco, ninguna unión sexual. Han sido sólo preámbulo y han quedado en ese nivel de preámbulo.

El solo hecho de que ellas hayan llegado a la universidad y tengan dieciocho años, o pocos más, las hace especiales en relación con una buena parte de la cultura. A lo mejor no son las más representativas, pero son mujeres jóvenes y han logrado conocer esa experiencia.

En Venezuela, en general, el enamoramiento y el noviazgo se dan, en el mundo-de-vida popular, según lo que hasta aquí hemos desarrollado, como producto de la familia matricentrada en la que se han formado hombre y mujer, y cuyas prácticas constituyen parte del acervo cultural, como procesos encaminados culturalmente a constituir familias matricentradas con pocas excepciones.

En la narración de las historias-de-vida y de los relatos-de-vida, tanto de hombres como de mujeres, el hombre aparece como el que toma la iniciativa e inicia el proceso de enamoramiento.

Los procesos, sin embargo, pueden ser muy complejos. Las costumbres y convenciones sociales tradicionales en ambientes campesinos o rurales dan preponderancia a la aparente iniciativa masculina, no sin que muchas veces el hombre no haga otra cosa sino sucumbir a la seducción femenina ejercitada en múltiples formas y con muy variadas tácticas.

En los ambientes urbanos populares, que son los que hoy predominan, y dados los cambios que en los últimos tiempos se han venido produciendo en cuanto a mayor tolerancia y transparencia en las relaciones sexuales y amorosas, la iniciativa de la mujer parece correr pareja y aun predominar sobre la del hombre para la constitución de parejas o emparejamientos transitorios que dan origen luego a familias matricentradas. Son frecuentes expresiones como «yo me levanté a ese tipo», dichas por mujeres en manifestación de aparente sinceridad.

Si hubo un tiempo en que la mujer consideró adecuado aparecer como la seducida, dadas las presiones sociales y de la costumbre, hoy parecen haber desaparecido o estar desapareciendo esas barreras. Si además tenemos en cuenta que a la mujer urbana se le está incitando por diversos medios a asumir una personalidad proactiva en todos los campos, nada extraño es que esa orientación actual se haga presente también en estos procesos que estamos estudiando. Pioneras en esto han sido las mujeres de clase media y las que llegan a una formación educativa superior, pero ya podemos decir que el fenómeno se ha extendido a las jóvenes de los sectores más populares, aunque no gocen de alto nivel educativo.

Más allá del cambio de costumbres, está apareciendo con mayor libertad y transparencia la estructura del mundo-de-vida sostenido por la práctica fundamental de la familia matricentrada cuyo núcleo dinámico es la madredad. La madre que toda mujer lleva en su más íntima identidad decide que va a tener un hijo y para eso escoge al hombre, con el que, por otra parte, no planifica mantener una pareja duradera, aunque le haga creer que fue él quien la escogió a ella. Al

doctor José Luis Vethencourt se le oyó decir en un momento de conversación: «Puede ser que en Venezuela la mujer haya sido pasiva, pero la madre ha sido siempre muy activa». La madre que late en toda nuestra cultura es activa en la producción de sí misma como familia.

Esto nos señala una pista importante para explicar la madredad en sus distintas manifestaciones a lo largo de la historia. En unos momentos, que ya van desapareciendo, a la madre venezolana, como estamos viendo por las historias-de-vida, no le cae mal aparecer como el sujeto paciente de las acciones del hombre, aunque ella sea quien las ejecuta, es más, se narra como paciente, pero mientras va evolucionando en el tiempo y se va presentando ya sin tapujos tal como es ella, como la verdadera actora, como el verdadero actor. Las feministas ven en eso la manifestación de la conciencia individual del sujeto femenino. En cambio, nosotros lo que podemos ver es la asunción por parte de la mujer de la autonomía de la madre.

